

FELIPE DE J. MONROY

ENTRE FRANCISCO Y LEÓN

CRÓNICAS DESDE ROMA



CRÓNICAS DESDE ROMA

ENTRE FRANCISCO Y LEÓN

CRÓNICAS DESDE ROMA

Felipe de Jesús Monroy González

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	4
I. ‘HA MUERTO FRANCISCO’.....	9
¿Quién fue Francisco?.....	19
II. LOS FUNERALES.....	32
Adiós al pastor de las periferias.....	36
La reacción del mundo.....	43
El funeral de Francisco, una ventana.....	57
Populi Romani.....	72
III. NOVENDIALES Y CONGREGACIONES GENERALES.....	83
Luto expectante.....	83
Adentro y afuera.....	91
Fuera estrategias.....	96
Ecos del meme incómodo.....	105
Cuenta regresiva.....	108
IV. EL CÓNCLAVE.....	122
Extra omnes.....	125
La Capilla Sixtina.....	131
La chimenea y el humo.....	135
Habemus Papam.....	140
V. LEÓN XIV P.P.....	145
Paz y unidad: su primer saludo.....	147

La amistad como compromiso misionero.....	152
Genazzano, o la geografía de la fe.....	156
Regina Coeli: nombrar los conflictos.....	158
Llamado a la comunicación desarmada.....	161
EPÍLOGO.....	164
GUARDA.....	167

INTRODUCCIÓN

Como periodista especializado en información religiosa, entre el 20 de abril y el 12 de mayo del 2025, estuve completamente volcado a una serie de acontecimientos que no sólo fueron relevantes para mi persona o para las audiencias católicas que hacen el favor de seguir este tipo de publicaciones; también lo fueron para una buena parte de la sociedad global. El papa Francisco fue un pontífice histórico por los cuatro costados: por su origen del sur global, su formación jesuita, su lenguaje comunicativo lleno de gestos y metáforas populares; y su visión teológico-pastoral nutrida y urgida más por la realidad que por las ideas. Su muerte, por tanto, tocó de

muy intensas maneras a grandes porciones de la población.

Fui testigo privilegiado de los sentimientos que los peregrinos del mundo mostraron ante la Ciudad Eterna; observé cómo, a pesar de los cientos de miles de personas que los inundaban, el Vaticano y Roma parecían ciudades más pequeñas, concentradas y contenidas, expresadas en esas manchas humanas de turistas y fieles, de agitados y laboriosos periodistas de todas partes del mundo, y de funcionarios e instituciones que se sabían partícipes de un instante del que, sin duda, se escribirá profusamente en la historia.

Viví esos días como testigo de rituales milenarios que eran urgidos por las dinámicas modernas: la solemnidad y el silencio de las ceremonias, el dramatismo escenográfico de los grandes santuarios y el barullo de voces de las que había que cernir la paja para encontrar información útil.

Viví en Roma las jornadas que transitaron entre el espeso silencio en la Plaza de San Pedro durante el funeral de Francisco hasta el estallido de júbilo cuando la fumata blanca anunció al 267 sucesor de San Pedro en

la figura del primer norteamericano bajo el solio pontificio: Robert Francis Prevost.

Y entre esos días, un vertiginoso acontecer de actos eclesíasticos, litúrgicos, simbólicos y piadosos, urgían a una traducción narrativa, explicativa e interpretativa, como sólo el periodismo puede hacer. Los *Novendiales*, por ejemplo, fueron un momento singularísimo, pues mientras se elevaban preces por el descanso eterno del papa Bergoglio, detrás de las pensadas y sopesadas palabras de los cardenales que presidieron las ceremonias, se expresaban los sentimientos de sus propias esperanzas frente al futuro de la Iglesia y del pontificado que estarían por elegir.

O los bulliciosos almuerzos en el Borgo Pío y las cenas en el Trastévere, donde periodistas de todo el mundo intercambiaban rumores con monseñores, funcionarios vaticanos, cardenales e incluso entre ellos, sobre los acentos previos al Cónclave, sobre los temas abordados en las Congregaciones Generales donde los cardenales de todas las generaciones se expresaron en libertad y abundancia.

Y, por supuesto, el momento de mayor interés global y al mismo tiempo el más inquietante por su hermetismo premoderno: el Cónclave. Durante ese par de días, la tensión en calles, plazas, informativos y noticiarios podía palpase, porque detrás de las puertas de la Capilla Sixtina, en completa privacidad, bajo un mecanismo milenario y peculiarmente democrático se jugó el alma de la Iglesia católica entera. Y esta última frase no es una exageración ni una licencia literaria, es la descripción del sentido de autoridad que tiene el Sumo Pontífice en la Iglesia católica de todo el mundo.

Pongo en sus manos estas crónicas personales que no son sólo un registro histórico de acontecimientos sino el latido vivo de una institución que se abre a la esperanza mediante el ancla de la estabilidad y la seguridad que le da la fe y el Sumo Pontífice; relatos que buscan reflejar los rostros de los personajes que se sabían partícipes de la historia.

En perspectiva, los eventos contenidos en esos 20 días fueron un auténtico crisol en donde se forja la historia viva de la Iglesia, donde lo necesario permanece y lo accesorio se ha disuelto en el olvido. Son relatos

CRÓNICAS DESDE ROMA

además escritos a ras de suelo pero mirando siempre al cielo, en oración agradecida por Francisco, el Papa del Pueblo, y en la esperanza que volvió a alimentarse en esos jirones de humo blanco desde la chimenea de la Sixtina, con la elección del papa León XIV. En este libro me atrevo a reunir algunas de esas historias que, con humildad, quisiera que permanezcan muchos años.

Felipe de J. Monroy

Ciudad de México, 2026

I. 'HA MUERTO FRANCISCO'

Desde su prolongada hospitalización a inicios de año, me había hecho a la idea de que, más temprano que tarde, recibiría la noticia de la muerte del papa Francisco. En la redacción yo mismo había sugerido que fuesen alistándose los artículos y contenidos que habríamos de publicar el día de su fallecimiento. Se trata de textos escritos en un riguroso tiempo pasado de personajes relevantes que, por vejez o enfermedad, parecen disputarse sus últimos días. Estos materiales se reservan hasta el momento en que son necesarios sólo para colocarles la fecha y algún detalle de la muerte de la persona. A pesar del rechazo que suele despertar esta práctica periodística cuando se menciona en voz alta, se trata de un hábito común y necesario en el mercado de la

información; y el periodismo mexicano no pudo darle un nombre más atinado: los “zopilotes”.

El zopilote es un ave carroñera conocida también como “buitre negro americano” (el ‘devastador vestido de negro’ como explica su taxonomía) y la cultura popular los ha representado de una manera premonitoriamente funesta: si un grupo de zopilotes planea en círculos por encima de un animal viejo, enfermo o herido en el descampado desértico, prácticamente están anunciando su muerte irremediable. A esa acción se le denomina “zopilotear” y por ello también se usa para aquellos que adelantan obituarios y biografías cerradas en espera de la fecha fatal.

Sin embargo, a diferencia de sus símiles europeos, la etimología de zopilote proviene de un vocablo náhuatl (*piloo*) que significa “colgar o suspender”; se refiere a los trozos de carroña que permanecen colgados en el pico o las garras de los zopilotes, lo que les confiere no sólo una imagen terrorífica sino lamentable y penante. Así, desde que terminé mi ‘zopilote’ sobre la vida del papa Francisco con ese párrafo donde sólo dejé en blanco la fecha y el

lugar de la muerte, sentí que llevaba colgando a todas partes ese triste pero inevitable agujero conmigo.

Fueron un par de meses con esa sensación, como si arrastrara un vaticinio amargo e infame. Por ello, me generó una esperanza indecible ver a Bergoglio salir del Policlínico Gemelli, escucharlo articular dos o tres palabras, verlo agradecer a la Virgen en Santa María la Mayor su salida del hospital; me dieron tranquilidad incluso los escuetos informes de su recuperación dentro del Vaticano, sus salidas espontáneas a la Basílica de San Pedro, sus fugaces encuentros con religiosas y fieles. Me conmovió verlo en silla de ruedas, en camiseta y poncho, como un anciano en reposo pero sonriente, saludando a un niño cuya mirada al final reveló que no entendió lo que sucedía (como nunca solemos hacerlo siendo niños con nuestros ancianos).

Por eso, al final del Domingo de Pascua del 2025, el 20 de abril, después de revisar las noticias sobre la bendición que Francisco impartió a los fieles en la Plaza de San Pedro y el recorrido que hizo en el papamóvil por Vía de la Conciliación, fui a descansar ligero, tranquilo, consciente de que tendría que descartar

mi ‘zopilote’ y hacer después otro, tiempo después, porque aún faltarían historias por escribir con Bergoglio.

Estaba equivocado.

A las 3:07 de la madrugada del 21 de abril recibí el anuncio de la muerte del Papa. Por mensaje de *WhatsApp*, un periodista coordinador de entrevistas de la redacción del equipo de noticias de Televisa me envió una fotografía de Francisco rubricada ‘1936-2025’ con la esperanza de que, con eso, se comprendiera todo. Después preguntó si podrían llamarme para tener en vivo alguna reacción sobre la noticia de la muerte del Papa. Pensé que la noticia era sólo un sueño, que era parte de mi conciencia recordándome esos textos donde dije que Francisco había muerto, donde resumí lo que había hecho en vida y hasta en los que adelanté los protocolos funerarios posteriores a su muerte. Fuera de la ventana, imaginé a un grupo de zopilotes volando sobre la madrugada llevando entre sus garras las páginas donde meses atrás sentenció el funesto agüero. Hice entonces lo

que Bergoglio siempre nos pidió y que tomé con ligereza durante más de una década: recé por él.

Pasé esa mañana ofreciendo entrevistas a diversos medios de comunicación; los colegas preguntaban sobre detalles poco divulgados de su vida —como si se tratase de un familiar o amigo—, sobre mi parecer respecto a su pontificado, sobre lo que se vendría en los siguientes días para la Iglesia católica. Hablé de las dos ocasiones en que lo había saludado e intercambiado algunas palabras: primero como cardenal en Buenos Aires y, después, como pontífice en el Vaticano; resumí tan breve como pude las generalidades de sus encíclicas y exhortaciones apostólicas; hablé de sus viajes a las periferias, de sus acentos pastorales, de los conceptos novedosos que introdujo en la reflexión teológica, de su lenguaje evangelizador poblado de metáforas, neologismos e imágenes fáciles de asimilar y compartir; hablé también de la compleja reforma a la Curia y de las partes sombrías de su pontificado, de la inédita convivencia histórica con el Papa emérito Benedicto XVI, de las resistencias de sectores católicos a su visión eclesial, hablé de quienes lo habían llamado

‘hereje’ y le regatearon su teología proveniente del tercer mundo, de los monseñores y cardenales escandalizados por la conversión ecológica, la sinodalidad, la alegría del amor, la misericordia y otros temas revisados y planteados por Francisco.

Dije en síntesis que, a mi parecer, Bergoglio después de recibir el papado en el 2013 había sido él mismo pero también alguien diferente; dije que su pensamiento social siempre fue audaz y que su serenidad celebrativa se percibía casi monacal desde mucho tiempo atrás; pero que su personalidad había sido intensamente iluminada tras su nombramiento como pontífice.

Con tanto ajeteo, no fue sino hasta el mediodía que tuve oportunidad de ver y oír el anuncio que había hecho a la 1:45 am en México, el cardenal Kevin Farrell, camarlengo de la Cámara Apostólica, desde la Casa Santa Marta:

“Queridos hermanos y hermanas, con profundo pesar debo anunciar el fallecimiento de nuestro Santo Padre Francisco. A las 7:35 de esta mañana, el Obispo de Roma, Francisco, regresó a

la casa del Padre. Dedicó toda su vida al servicio del Señor y de su Iglesia. Nos enseñó a vivir los valores del Evangelio con fidelidad, valentía y amor universal, especialmente a favor de los más pobres y marginados. Con inmensa gratitud por su ejemplo como verdadero discípulo del Señor Jesús, encomendamos el alma del Papa Francisco al infinito amor misericordioso del Dios Uno y Trino”.

Al terminar de ver el video me reí de la ironía: como periodista había estado toda la mañana hablando de la muerte del Papa, de su legado y su historia, y ni siquiera había revisado a detalle el anuncio oficial que la Santa Sede hizo de su fallecimiento. No había observado ni analizado con rigor periodístico a los cuatro eclesiásticos en la capilla de Casa Santa Marta al hacer el anuncio del fallecimiento.

En el extremo izquierdo aparece el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, con un rostro compungido, mira con nerviosismo por encima de las cámaras y sostiene su mano izquierda con la derecha de

forma poco natural, casi incómoda. Junto a él, Kevin Farrell, el cardenal camarlengo, que tiene la responsabilidad de leer el anuncio. Es al único de los cuatro al que se le hace un primer plano durante la lectura, se aferra al par de hojas y lee el texto con extremo cuidado, pausado, en un italiano con dejos de acento norteamericano; es la primera de una serie de tareas mayúsculas que caen sobre sus hombros hasta la elección del próximo pontífice. A continuación aparece el arzobispo sustituto de la Secretaría de Estado, Edgar Peña Parra. Es quien parece más descompuesto, con un rostro tristísimo, se inclina un poco hacia Farrell y lleva sus manos cruzadas con más naturalidad, casi con languidez. Contrasta además porque el último de los personajes en ese cuadro, el maestro de las celebraciones litúrgicas pontificias, Diego Giovanni Ravelli, es el más erguido, incluso con la cabeza enhiesta, sus manos también van cruzadas pero casi hasta el pecho, como rezando. Del grupo, es el único que recibió el orden episcopal en tiempos de Francisco y eligió como lema *'Evangelii Gaudium'* (La alegría del Evangelio), el nombre de la primera exhortación apostólica del

pontífice argentino y que ha sido un auténtico vendaval teológico-pastoral para el mundo.

En medio de la vorágine informativa recibí la llamada de un amigo sacerdote, colega y compañero de varias aventuras; sin mediar otra palabra me preguntó:

—¿Sales hoy o mañana para Roma?

—Hoy no. No sé... no creo —volteé a mirar al cielo del oriente como valorando el clima para el viaje.

—Tienes que estar, es muy importante.

Al realizar los preparativos del viaje, mientras ofrecía nuevas entrevistas, encuentros en radio y televisión, y escribía artículos para diversas publicaciones, fui ‘descolgando’ poco a poco las historias de Bergoglio para compartirlas con la familia, los lectores y las audiencias. Comprendí que ‘tenía que estar’.

Allá, a 12 mil kilómetros, en el corazón del Vaticano, todo entró en modo protocolar: Siguiendo las formas establecidas en el *Ordo Exsequiarum Romani Pontificis* (Orden de los Ritos Funerarios para un Pontífice Romano), el cardenal Kevin Farrell presidió el lunes por la noche un ritual privado para certificar

formalmente la muerte del Papa y preparar su cuerpo para la veneración pública. Entre los asistentes estuvieron el decano del Colegio Cardenalicio, el personal cercano al pontífice y altos funcionarios de la Dirección de Sanidad e Higiene del Estado de la Ciudad del Vaticano.

También se realizó el ritual de cierre bajo sigilo (sellado) de las habitaciones papales. Tradicionalmente sólo se cierra el apartamento pontificio del Palacio Apostólico pero, como se sabe, toda vez que Francisco también “hizo vida” y despachó no pocos asuntos desde la Casa Santa Marta, también en esa residencia fueron selladas las habitaciones usadas por el Papa. El rito es importante y se realiza con simpleza y decoro, pero distante de la solemnidad grave que ocurre en otros momentos. En la cultura popular, este instante suele ser representado como ejemplo de las intrigas pontificias palaciegas; como si, sus símbolos (un listón carmín y un sello lacre del mismo color frente a las puertas de las habitaciones papales) fuera más que el umbral que resguarda la intimidad o lo privado del Papa sino la frontera de algo oculto que exige divulgación pública, de

algo que “estuvo a punto de ser revelado, pero que la muerte del pontífice impidió su divulgación”. En esto parece que hay más fantasías que certezas, pero el rito del sellado se realiza en efecto para que, tras la defunción, se garantice la seguridad de todos los documentos y pertenencias del papa fallecido.

Tras estos protocolos, se introdujo el cuerpo de Bergoglio en el féretro para ser velado en la capilla de Casa Santa Marta y se preparó todo para que el miércoles 23 de abril se expusiera la salma en la Basílica de San Pedro, tal y como dispuso en vida el pontífice argentino, que simplificó el protocolo pero no se olvidó de acercar a la gente.

¿Quién fue Francisco?

En octubre de 2012, en Buenos Aires, estreché la mano al cardenal arzobispo Jorge Mario Bergoglio durante un encuentro con periodistas y editores. Sus palabras fueron lacónicas pero proféticas. En ese discurso aseguró que a la Iglesia católica le hacía falta “aire fresco” para librarla

del “cansancio de los buenos”; dijo que el mejor camino para revitalizar el mensaje cristiano en el mundo contemporáneo era fomentar una Iglesia con espacios abiertos al diálogo y en un audaz acercamiento caritativo con la realidad.

Aún no lo sabía, pero esa tarde porteña escuché por primera vez lo que sin duda sería su estilo en el pontificado: “Es el cansancio que la lleva a esa trampa de quedar encerrada en las que son probablemente las dos más grandes tentaciones que padece la Iglesia: la mundanidad espiritual y el clericalismo. Ambas la van enclaustrando a la Iglesia hacia adentro, convirtiéndola no en una Iglesia que camina y una Iglesia que dialoga, sino en una Iglesia autorreferencial [...] y una Iglesia autorreferencial se va esterilizando poco a poco, es fundamentalmente estéril, incapaz de ser fecunda, porque pierde dos cosas fundamentales que la hacen madre: la capacidad de sorpresa y la ternura”¹.

¹ La tarde noche del 24 de octubre de 2012, en el claustro de Santa Catalina en Buenos Aires, la revista *Vida Nueva* presentaba su edición para el Cono Sur. Los directivos del Grupo Editorial SM (Javier Cortés), de la Editorial PPC (Aurelio Matos), de la gerencia de Vida Nueva global (Pbro. Juan Rubio), de Vida Nueva Colombia (Javier Darío Restrepo) y de Vida Nueva México (Felipe de Jesús

Seis meses más tarde, el mundo conoció al papa Francisco en la figura de Bergoglio: un jesuita, latinoamericano, argentino, hijo de inmigrantes, periférico y, sobre todo, un pastor auténticamente formado y curtido bajo el espíritu del Concilio Vaticano II. Sus primeros mensajes fueron simples y directos; y sus gestos cotidianos comenzaron a inundar los medios de comunicación y a sorprender a todos. Bergoglio eligió el nombre del santo de Asís para recordar que la Iglesia tiene una responsabilidad primordial con los últimos, los descartados y los excluidos. Fue lo que él mismo resolvió después de escuchar al cardenal Claudio Hummes decirle “No te olvides de los pobres”, mientras lo felicitaba en la Capilla Sixtina. Pero Francisco también rememora la sencillez de vida que expresa el amor por la creación y porque una auténtica reforma eclesial –urgida intensamente por los cardenales– no puede provenir sino desde la humildad.

Monroy) acompañaban el nacimiento de la revista hermana para Argentina, Chile y Uruguay, con el legendario periodista José Ignacio López al frente del timón. El cardenal arzobispo de Buenos Aires, Jorge Mario Bergoglio acompañó, bendijo y animó al equipo de profesionales en el arranque de su misión.

Desde el balcón de San Pedro, en la tarde-noche romana del 13 de marzo, con un sencillo “buenas tardes” y un nombre inspirado en el *poverello* de Asís, Francisco inició una revolución silenciosa. Renunció a los palacios apostólicos, vistió sin ostentación y priorizó el contacto directo con fieles y no creyentes. Pero su gestualidad, aunque mediática, no fue mero simbolismo: fue teología en acción. “Prefiero una Iglesia accidentada por salir a la calle que una Iglesia enferma de encierro”, declaró en *Evangelii Gaudium* (2013), documento que se convirtió en manifiesto de su visión: una Iglesia en salida, misionera y alejada de la *autorreferencialidad* (este último concepto ha sido un auténtico desafío para ministros y eruditos católicos que echan mano –reiterada o permanentemente– de la abundantísima literatura católica para explicar el mundo y la realidad cambiantes).

Francisco había heredado una Iglesia fracturada. Los escándalos de corrupción en el Vaticano, las filtraciones de documentos confidenciales y la sombra de las razones detrás de la renuncia de Benedicto XVI exigían un líder dispuesto a enfrentar lo que él mismo

llamó “las estructuras de pecado”. Su respuesta fue la *Praedicate Evangelium* (2022), la reforma curial que democratizó la toma de decisiones y redefinió la Curia Romana como un órgano al servicio de la evangelización, no del poder.

Sin embargo, su mayor batalla fue cultural. Criticó sin ambages la “rigidez” de quienes convierten la doctrina en “una jaula de normas”, abogó por una pastoral de “puertas abiertas” y desafió tabúes al promover la inclusión de divorciados, homosexuales y mujeres en roles protagónicos. “La Iglesia no es una aduana”, insistió, “es una madre que abraza”. Este enfoque, aunque celebrado por millones, le granjeó enemigos. Sectores tradicionalistas, tanto dentro como fuera del Vaticano, lo acusaron de herejía, despreciaron su formación teológica e incluso oraron por su muerte temprana.

Ese nombre, que comenzó siendo inspiración, se concretó en un estilo y en un programa. Francisco fue el Papa periférico “casi del fin del mundo” que simplificó la forma en cómo el Evangelio habla con más claridad que algunos símbolos clericales, herencias de tradiciones

mundanas palatinas o de una época cuando el catolicismo convergía y competía con el poder político y económico.

Y, sin embargo, no se puede explicar a Francisco reduciéndolo a sus gestos o a las anécdotas, edificó una interesante política pastoral y su propuesta de magisterio contemporáneo parece que inspirará a la Iglesia durante muchos años. Tras trece años al frente de la Iglesia, Francisco murió en el empeño de demostrar que la fe cristiana no es idílica sino profundamente humana, casi dolorosamente humana.

Francisco –según fui recogiendo testimonios de ministros, religiosas y creyentes– fue el Papa del pueblo, de los pobres y de los marginados, de los últimos; pero, sobre todo, fue el Papa del prójimo, del otro.

Para la inmensa mayoría de católicos de a pie, de devoción sencilla, de práctica religiosa más bien irregular y de caídas recurrentes, Francisco fue un pontífice que los puso en el centro, como destinatarios de la primera misión de los ministros, agentes e instituciones de la Iglesia. No para ser regañados y utilizados como “mal ejemplo” sino para ser

acompañados, custodiados, curados, tocados, asistidos y literalmente salvados de las dinámicas de opresión que las estructuras del pecado los mantienen exiliados en las periferias materiales y espirituales.

No puedo dejar de mencionar a otros católicos, que viven con un dejo de autarquía, que en el fondo guardan calladamente un timbre de orgullo y vanidad por su herencia, ministerio, su formación, su educación, su probidad, su disciplina o su dignidad institucional o mística; para ellos, el pontífice argentino fue un líder que “los descuidó”, que no los miró ni reconoció sus esfuerzos; incluso aseguran que su actitud fue cuestionable, autoritaria, desafectiva y “poco piadosa”.

Sin embargo, el mundo secular –especialmente los medios de comunicación como ya lo veremos más adelante– comprendió que la muerte de Bergoglio realmente fue el fin de una intensa consecución de acontecimientos inéditos, históricos e irrepetibles. La muerte de Francisco se sintió diferente a la de los pontífices de los últimos cincuenta años, no sólo porque la cultura digital hace inmediatos y personales casi todos

los acontecimientos, sino porque todo fue desconocido, fresco y novedoso.

Elegido como el primer Papa jesuita y latinoamericano, el papado de Jorge Mario Bergoglio se caracterizó por reformas profundas y un enfoque pastoral en la justicia social. Apodado el “Papa de las periferias”, defendió a migrantes, promovió la protección ambiental y el diálogo interreligioso, mientras descentralizaba el gobierno eclesial mediante procesos sinodales. Sus encíclicas históricas, *Laudato Si'* (2015), *Fratelli Tutti* (2020) y *Dilexit Nos* (2024), llamaron a la solidaridad global, la responsabilidad ecológica y a reconocer el origen de la armonía social.

El mandato de Francisco también incluyó esfuerzos diplomáticos sin precedentes, como el acercamiento histórico con China y la Iglesia Ortodoxa, así como críticas a la desigualdad económica y los conflictos armados. A pesar de enfrentar problemas de salud en los últimos años, mantuvo una rigurosa agenda de viajes, visitando 66 países para difundir mensajes de paz e inclusión.

Quizá el principal legado de Francisco es la idea de una Iglesia de ‘puertas abiertas’. El énfasis del pontífice en una “Iglesia pobre y para los pobres” redefinió las prioridades del Vaticano, desde la aplicación de reformas para la transparencia financiera hasta iniciativas para reubicar a refugiados. Su estilo accesible —con simplicidad, humor y cercanía— le granjeó admiración mundial, incluso en medio de tensiones doctrinales dentro de la Iglesia.

Si algo define el legado intelectual de Francisco fue su capacidad para entrelazar lo espiritual con lo social. En *Laudato Si’* (2015), su encíclica ecológica, no solo alertó sobre el cambio climático, sino que denunció un sistema económico “que mata” y convierte a los excluidos en “desechos”. Fue un texto pionero en vincular la explotación ambiental con la injusticia social, y en reivindicar el saber de los pueblos originarios: “Para ellos, la tierra no es un bien económico, sino un don sagrado”.

En *Fratelli Tutti* (2020), escrito bajo la sombra de la pandemia, amplió su crítica al individualismo y llamó a construir una “fraternidad universal”. Sus encuentros

con el patriarca ortodoxo Kirill en Cuba, el ayatolá Al Sistani en Irak o su histórico gesto de lavar los pies de refugiados, no fueron actos protocolarios: fueron cimientos de una diplomacia basada en el diálogo y la compasión.

Francisco entendió que, en un mundo descristianizado, la Iglesia debía optar por la persuasión, no por la imposición. Su “revolución de la ternura” —un concepto que repetía como antídoto contra la indiferencia— se tradujo en gestos concretos: visitar cárceles, abrazar a enfermos de COVID-19, denunciar la “cultura del descarte” y pedir perdón por los abusos clericales. “La misericordia no es una idea, es una acción”, insistió durante el Jubileo Extraordinario del 2016.

Fue en su última encíclica, dedicada al corazón, donde Francisco reflexionó sobre quizá una de las ideas universales más simples y que, al mismo tiempo, ha resonado con semejante sentimiento en las más diversas culturas:

“Ese núcleo de cada ser humano, su centro más íntimo, no es el núcleo del alma sino de toda la persona en su identidad única que es anímica y corpórea. Todo se unifica en el corazón, que puede ser la sede del amor con la totalidad de sus componentes espirituales, anímicos y también físicos. En definitiva, si allí reina el amor, una persona alcanza su identidad de modo pleno y luminoso, porque cada ser humano ha sido creado ante todo para el amor, está hecho en sus fibras más íntimas para amar y ser amado”, *Dilexit Nos*, 21.

Su terquedad a no ceder ante presiones lo convirtió en un símbolo de coherencia, pero también, de cierto modo, lo aisló en casa. La malicia de ciertos sectores eclesiásticos —desde cardenales que lo desafiaron abiertamente hasta sacerdotes que usaron redes sociales para minar su autoridad— reveló una paradoja: el papa más popular del siglo XXI enfrentó su mayor oposición dentro de la Iglesia.

Su apertura generó tensiones. Su insistencia en escuchar antes que juzgar —evidente en *Amoris Laetitia* (2016), donde pidió acompañar a familias “heridas” sin

“encasillarlas en esquemas rígidos”— fue malinterpretada como relativismo. Mientras los progresistas lo veían como un reformador incompleto, los conservadores lo tacharon de peligroso.

El desgaste físico y político de Francisco fue evidente en sus últimos años. A pesar de una cirugía de colon, problemas en la rodilla y una agenda exhaustiva, rechazó retirarse a descansar: “Tengo demasiado por hacer”, decía; y según me confesaron más adelante, aún “daba manotazos en la mesa” para enfrentar decisiones complejas en la Santa Sede.

Su fragilidad, sin embargo, no apagó su voz; fue un un ictus cerebral con coma y un fallo cardiocirculatorio irreversible los que terminaron su vida terrenal². Hasta el final prevaleció ese estilo lejos de la retórica hagiográfica. En su muerte no hubo falsos misticismos ni afectaciones glamorizadas, solo un hijo en el mundo intentando llegar al otro lado sin pretensiones y sin demasiadas cuentas por pagar.

² Casi un año después de su muerte se revelaría cómo fue el final de su vida: “[Francisco] pidió un vaso de agua, lo bebió, le dijo a la enfermera: ‘Gracias, disculpe las molestias’ y luego murió”.

Así, mientras la Iglesia Católica entraba en un periodo de duelo, el legado de Francisco fue una especie de hilo conductor en esa ciudad romana que continuaba llamando a peregrinos de todas las partes del mundo para participar de esa “cultura del encuentro” —una visión de compasión que trascendió fronteras, credos e ideologías.

CRÓNICAS DESDE ROMA

II. LOS FUNERALES

Roma estaba de Jubileo³, pero no se sentía propiamente festiva. Miles de eclesiásticos y periodistas aterrizaraban en la ciudad para participar de los acontecimientos que ya se habían delineado para despedir al papa Francisco y para internarse en la elección de su sucesor. Los peregrinos preguntaban dónde, cuándo y cómo podían ir a despedirse del pontífice argentino. Mostraban un febril deseo de ir frente al ataúd de Bergoglio y rezar por él.

—¿Esperamos alguna sorpresa? —preguntó un joven reportero a un veterano vaticanista mientras esperaba ansioso la acreditación de prensa temporal de la

³ El 9 de mayo de 2024, el papa Francisco emitió la Bula *Spes non confundit* (La esperanza no defrauda) con la que convocó al Jubileo Ordinario, a vivirse entre el 24 de diciembre de ese 2024 y el 6 de enero del 2026.

Santa Sede. El otro le respondió lo evidente: “Si son sorpresas no se pueden esperar, dejarían de ser sorpresas; pero matizó: “Bueno, sólo si Francisco dejó dicha alguna cosa que no sepamos”.

Es verdad, la Iglesia católica no deja al azar estos momentos; especialmente estos. La larga experiencia y el profuso detalle en la organización de los funerales de un pontífice y el proceso de elección del nuevo sucesor de Pedro, no permite mucha creatividad ni innovaciones a excepción de mejoras tecnológicas en lo posible. Claro, a menos que se hayan dejado instrucciones que –como fue el pontificado de Francisco– rompieran las inercias y volvieran a asombrar al mundo.

En efecto, el testamento del papa Francisco tenía algunas novedades que claramente volvieron a descolocar a quienes tenían ya todas las respuestas. La Santa Sede publicó el texto íntegro:

TESTAMENTO DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Miserando atque Eligendo

En el nombre de la Santísima Trinidad. Amén.

Sintiendo que se acerca el ocaso de mi vida terrenal y con viva esperanza en la Vida Eterna, deseo expresar mi voluntad testamentaria únicamente en lo que se refiere al lugar de mi sepultura.

Siempre he confiado mi vida y mi ministerio sacerdotal y episcopal a la Madre de Nuestro Señor, María Santísima. Por eso, pido que mis restos mortales descansen esperando el día de la resurrección en la Basílica Papal de Santa María la Mayor.

Deseo que mi último viaje terrenal concluya precisamente en este antiquísimo santuario mariano, al que acudía para rezar al comienzo y al final de cada viaje apostólico, para encomendar con confianza mis intenciones a la Madre Inmaculada y darle las gracias por su dócil y maternal cuidado.

Pido que mi tumba sea preparada en el nicho de la nave lateral entre la Capilla Paulina (Capilla de la Salus Populi Romani) y la Capilla Sforza de la citada Basílica Papal, como se indica en el anexo adjunto.

El sepulcro debe estar en la tierra; sencillo, sin decoraciones especiales y con la única inscripción: Franciscus.

CRÓNICAS DESDE ROMA

Los gastos para la preparación de mi sepultura serán sufragados con la donación del benefactor que he elegido, suma que será transferida a la Basílica Papal de Santa María la Mayor, y para lo cual he dado las instrucciones oportunas a Mons. Rolandas Makrickas, Comisario Extraordinario del Capítulo Liberiano.

Que el Señor dé la merecida recompensa a quienes me han querido y seguirán rezando por mí. El sufrimiento que se ha hecho presente en la última parte de mi vida lo ofrecí al Señor por la paz en el mundo y la fraternidad entre los pueblos.

Santa Marta, 29 de junio de 2022

FRANCISCO

La elección de su última morada, la Basílica de Santa María la Mayor, sería el último gesto con el que Francisco confirmaría su audacia de “salir” y “no hacer como siempre”. Sólo pensar en el traslado del féretro del Papa por las calles romanas, bajo las ventanas y puertas de sus ciudadanos, hacía de la ciudad una tribuna expectante.

Francisco murió además a la mitad del Año Jubilar ordinario de este primer cuarto del siglo XXI; millares de peregrinos ya inundaban la ciudad, y tanto los funerales como los preparativos para el Cónclave con la elección de su sucesor estuvieron traspasados por esa mezcla de júbilo y pesar, de esperanza e intriga sobre el futuro de la Iglesia. Por primera vez, parecía que la Iglesia buscaba todos los medios para salir (para ser ‘Iglesia en salida’); y el mundo, sentía un ansioso impulso por entrar en ella, en su lenguaje, en sus rituales y en su dimensión histórica. Lo que estaba a punto de suceder, tenía la capacidad de cambiar el mundo.

Porque en el fondo, no moría sólo Bergoglio —el hombre—, sino la personificación misma de una esperanza largamente aguantada: la idea de que otro mundo sí es posible. Si el líder espiritual más importante del orbe, quien representa la figura religiosa y política con más influencia en la cultura y la civilización; si el soberano absoluto de una nación, pequeña en territorio pero desplegada a su obediencia y fidelidad por todo el planeta, se ha abajado e inclinado ante las emergencias de justicia y paz, entonces aún hay otro camino posible.

Adiós al pastor de las periferias

El *Ordo exequial* del Romano Pontífice se organizó en tres “estaciones”. La primera que constituyó la constatación de la muerte del Papa (un acto que tuvo un cambio respecto a los anteriores puesto que se realizó en la Capilla de Santa Marta y no en la habitación del Palacio Apostólico); la segunda estación que sucedería en el traslado del féretro del Papa hacia la Basílica de San Pedro para que recibiera los homenajes del clero, los fieles y los dignatarios; y finalmente una tercera estación que involucraría propiamente la Misa de exequias y el traslado del cuerpo de Francisco a la Basílica de Santa María la Mayor, donde dispuso que se colocara su cenotafio.

La mañana del miércoles 23 de abril, el Vaticano se iluminó con cierto frescor en el aire; un sol tibio y apenas unos jirones de nubosidad fueron el marco solemne en el que resonó el tañido fúnebre de campanas que anunciaron la segunda estación: la salida del féretro

del papa Francisco de Casa Santa Marta hacia la Basílica de San Pedro. Un nutrido grupo de cardenales afincados en Roma y otros, que tomaron el primer vuelo que pudieron tras recibir la noticia de la muerte del Papa, participaron de este momento. Medio centenar de cardenales tomaron los primeros asientos de la capilla de Santa Marta desde muy temprano.

Esa capilla que Francisco hizo célebre porque desde ahí no sólo emitió los mensajes pastorales más sencillos, más audaces y más críticos a través de sus homilías cotidianas⁴ sino porque se convirtió, de cierto modo, en un sitio de expresión de comunidad sencilla, sin protocolos; donde el Papa participaba de la Misa de siete de la mañana como un ministro más, donde se sentaba a rezar junto a los fieles en las últimas bancas,

⁴ El 29 de enero del 2015, por ejemplo, al comentar un fragmento de la historia bíblica de Abraham, Francisco criticó las “élites eclesiales, que “han privatizado la salvación”: “Desprecian a los demás; desertan de la comunidad total; desertan del pueblo de Dios; han privatizado la salvación: la salvación es para mí y para mi grupito, pero no para todo el pueblo de Dios. Y esta es una equivocación muy grande. Es lo que llamamos y vemos: ‘las élites eclesiales’. Cuando en el pueblo de Dios se crean estos grupitos, piensan que son buenos cristianos, también – quizás – tienen buena voluntad, pero son grupitos que han privatizado la salvación”.

donde los saludaba personalmente y los despachaba para que acudieran a sus labores cotidianas: a trabajadores del Vaticano, obispos, sacerdotes y demás invitados.

En esa capilla, los cardenales ahora vestían de riguroso roquete blanco y sotana carmín, con el bonete cardenalicio y cruz pectoral con cordón rojo y dorado para participar de los ritos mortuorios, la oración fúnebre y testimoniar el traslado del féretro. El acto lo presidió el cardenal Ferrel en latín:

“Queridos hermanos y hermanas. Grandemente conmovidos, acompañamos los restos mortales de nuestro Papa Francisco a la Basílica Vaticana donde ha ejercido su Ministerio de obispo de la Iglesia que está en Roma y de pastor de la Iglesia universal. Mientras dejamos esta casa, damos gracias al Señor por los innumerables dones que por medio de su siervo el papa Francisco ha dado al pueblo cristiano, y supliquemos para que misericordioso y benigno le conceda la morada eterna en el Reino de los Cielos...”.

En estas primeras palabras de Ferrel, también se pudo evidenciar el sutil cambio propuesto por Francisco para el Ordo exequial. Tal como él lo dispuso en noviembre de 2024, los ritos de exequias debían tener una intención discursiva distinta: más que un homenaje elogiando la vida de “un poderoso hombre de Estado o del mundo” debían ser un encuentro de la comunidad despidiendo a “un pastor y un discípulo de Cristo”.

Al final de las palabras del camarlengo, los cardenales salieron al patio de la Plaza Santa Marta y, detrás de ellos, el féretro del pontífice cargado en andas por quince ‘sediarios pontificios’ –varones laicos de familias romanas– que en el pasado tenían la responsabilidad de cargar la silla gestatoria del Sumo Pontífice y que en la actualidad se insertan en distintos servicios de protocolo, orden y decoro de eventos del Vaticano. En esta ocasión nuevamente llevaron sobre los hombros al obispo de Roma.

Afuera, bajo un sol brillante, con un cielo abierto casi sin nubes, propio de la primavera romana, el cortejo de sacerdotes, obispos, cardenales, penitenciarios y guardias suizos alabarderos abrió paso en procesión por

la vía de la Sacristía, la Plaza de los Protomártires Romanos, el Arco de las Campanas y finalmente entró en la Plaza de San Pedro donde miles de personas aguardaban el paso del féretro del pontífice.

La procesión, a paso lento y acompañada por el tañido solemne y solitario de una ronca campana, fue cantando diversos salmos en latín y duró treinta minutos. El momento rezumaba gravedad; pero cuando el féretro pasó entre los fieles, estos expresaron con aplausos espontáneos la despedida al pontífice. Las loas terminaron al ingreso del féretro en la Basílica e inició la letanía de los santos. Los sediaros colocaron el féretro del pontífice bajo el altar principal donde permanecería tres días hasta la Misa Exequial.

Mientras el rito de la segunda estación del Ordo exequial seguía su protocolo, los analistas ponían la mirada en los días que se avecinaban en Roma. Porque con la muerte de Francisco, la Iglesia católica realmente iba a enfrentar una encrucijada: consolidar la singular y audaz herencia del Papa venido casi del fin del mundo, o regresar a muchas de las seguridades que la tradición y la institución revisten a la operación de la Santa Sede y a la

Iglesia universal. Los analistas escrutaban las miradas de los cardenales, evaluaban en silencio a los *papabili*, a los cardenales que se apersonaron para participar de los funerales, de las congregaciones y del Cónclave del cual emergería el próximo pontífice.

Francisco quizá no fue un revolucionario en el dogma, pero sí un disruptor en los símbolos y la pastoral. No sólo democratizó el papado al descentralizar el poder, al priorizar las periferias sobre el centro y demostró que la relevancia de la Iglesia depende de su capacidad para servir, no para dominar.

También imaginó que el pontífice católico del siglo XXI debía literalmente removerse algunos símbolos, especialmente en las vestiduras y ornamentos que el papado fue acumulando durante siglos⁵: por eso su féretro fue depositado casi a ras de suelo en la Basílica

⁵ Cuenta la anécdota, que apenas electo Papa, mientras se despojaba de la indumentaria cardenalicia y tomaba el hábito blanco pontificio, Bergoglio rechazó directa y agudamente la tradicional muceta carmín (una capa corta, usualmente adornada y que ha sido un símbolo secular del poder papal) diciendo: “¡Se acabó el carnaval!” Minutos después, todo el mundo vio salir al Papa completamente de blanco, sin la muceta, para pedir la oración del pueblo y ofrecer su primera bendición *Urbi et Orbi*.

—a diferencia de sus predecesores que eran expuestos en una salma sobre un tálamo elevado— y el cuerpo no fue preservado con los tres ataúdes tradicionales (ciprés, plomo y roble) sino sólo con zinc y madera.

Quizá por eso su llamado a una “cultura del encuentro” —esa mezcla de escucha, diálogo y acción concreta— trascendió lo religioso; porque ‘des-amuralló’ la investidura papal. Líderes políticos, ambientalistas y activistas sociales adoptaron con cercanía algunas de sus ideas y consignas, probando que, en un mundo fracturado, el lenguaje de la cercanía y el abajamiento aún resuena en diversos ámbitos.

Afuera, unas 20 mil personas esperaban para entrar en la Basílica de San Pedro para despedir al pontífice; en el interior, se concluían los ritos: el cardenal camarlengo asperjó con agua bendita el féretro e incensó el cuerpo de Francisco; el diácono cantó el Evangelio un fragmento de la voz de Jesús recogida por el apóstol Juan: “...les he dado a conocer quién eres y continuaré”.

La reacción del mundo

Por supuesto, con la muerte de un pontífice —que es además jefe de Estado— los medios siempre esperan las condolencias de los líderes políticos; varias de ellas publicadas en prácticamente todos los medios de comunicación fueron sumamente elocuentes:

—*“Sintiendo el profundo vacío creado por la pérdida del referente que siempre representó para mí. Sus enseñanzas evocaron el mensaje del Evangelio, la solidaridad entre los hombres, el deber de cercanía con los más vulnerables, la cooperación internacional y la paz en la humanidad”*. Sergio Mattarella, presidente de la República de Italia.

—*“Francisco inspiró a millones, mucho más allá de la Iglesia católica, con su humildad y su amor puro a los más necesitados”*. Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea.

—“*El papa Francisco quiso que la Iglesia llevara alegría y esperanza a los más pobres*”.

Emmanuel Macron, presidente de Francia.

—“*Supo dar esperanza, aliviar el sufrimiento mediante la oración y promover la unidad...*

¡Que su memoria perdure!”. Volodymyr Zelensky, presidente de Ucrania.

—“*Fue un mensajero de esperanza, humildad y humanidad*”. Antonio Guterres, secretario

general de las Naciones Unidas.

—“*Su compromiso con la paz, la justicia social y los más vulnerables deja un profundo legado*”.

Pedro Sánchez, presidente del Gobierno Español.

—“*El papa Francisco era admirado por todos como el Papa del pueblo. Unió a la gente,*

guiándola con bondad, humildad y compasión.

Su legado perdurará en sus buenas obras y enseñanzas”. Abdullah II, rey de Jordania.

En México, la presidenta Claudia Sheinbaum Pardo dedicó una parte de su conferencia de prensa diaria a compartir con los medios un video inédito con el

que el papa Francisco les había enviado un mensaje a los mexicanos: “Les voy a poner un video inédito del papa Francisco, me lo envió una persona, para los mexicanos y a las mexicanas”, dijo Sheinbaum antes de compartirlo.

La mandataria advirtió que “tuvo dudas” de compartir desde la magistratura nacional el mensaje del pontífice “por el tono religioso” de las palabras del pontífice⁶. Sin embargo, la presidenta dijo que el contenido enviado por el pontífice romano “tiene una fuerza especial”.

El video muestra a un papa Francisco cercano y reflexivo, quien recuerda con ternura sus visitas a México, tanto como Papa como antes de su pontificado y relata una anécdota particular frente a la imagen de la Virgen: “Estuve sentado mirando a la Guadalupana y se me pasó el tiempo. Me tuvieron que sacar, no me di cuenta”, recordó y agregó: “Ustedes mexicanos tienen una gran suerte: la señora, la Guadalupana, la madre de

⁶ México es una República laica cuya tradición, más bien laicista y vergonzante de las identidades religiosas, exige culturalmente a los funcionarios, líderes de opinión y liderazgos sociales a no manifestar su fe en público. No es un delito, pero aparentemente es una afrenta a un convencionalismo social.

Dios por quien se vive. No lo olviden: Recurran a ella [...] Me dicen que todos los mexicanos son guadalupanos, incluso los que no creen en Dios. Sigán siendo guadalupanos, que Dios los bendiga”.

En los medios internacionales también relucían los mensajes de algunos líderes religiosos que expresaron públicamente sus condolencias y su reconocimiento a Francisco como artífice de encuentros ecuménicos e interreligiosos. Entre los mensajes más reproducidos destacaba el de Ahmad al-Tayyib, gran imán de Al-Azhar en El Cairo, con quien Francisco firmó el Documento sobre la Fraternidad Humana en Abu Dabi en 2019 y quien dijo que el pontífice argentino “fue un icono humanitario de alto nivel, que no escatimó esfuerzos para defender las causas de los más débiles y apoyar el diálogo entre diferentes religiones y cultura”.

También la prensa mostró las reacciones de Bartolomé I, patriarca ecuménico de Constantinopla, quien dijo que Francisco “fue un verdadero amigo... un auténtico ejemplo de humildad”; o del arzobispo primado de la iglesia anglicana, Justin Welby, quien reconoció “su visión y pasión para trabajar por una

reconciliación y unidad cada vez mayores entre todas las confesiones cristianas”; o del gran rabino Pinchas Goldschmidt, presidente de la Conferencia de Rabinos Europeos, quien destacó del jesuita la “inquebrantable dedicación a la promoción de la paz y la buena voluntad en todo el mundo”.

En esos días, sin embargo, para los periodistas a ras de suelo en Roma, las voces que queríamos oír estaban al pie del muro que separa Italia de la Ciudad del Vaticano, en los fieles; y estos respondieron a los periodistas con palabras semejantes: “Lo que más me ha impactado de Francisco ha sido su humildad, sobre todo su estar cercano a las personas que suelen considerarse como las últimas de la sociedad”, dijo sor Cristell, originaria de Burundi, en una entrevista a la RAI; pasos más adelante, un periodista de TV2000 hablaba con dos feligresas de Cerveteri (una localidad a 40 km de Roma) y una de ellas simplemente reiteró que Francisco fue “el Papa de todos, el Papa de todo mundo”.

Quienes atraían más miradas de los comunicadores eran Laura y Riggo, un matrimonio salentino, que fueron de los primeros feligreses de entrar

en la Basílica de San Pedro para despedir al Papa; su historia era emotiva: Laura escribió una carta a Francisco inmediatamente después de que lo vio salir en el balcón y escuchar su *'Buonasera'* el 13 de marzo de 2013: “Desde ese momento sentí que era uno de nosotros, como nosotros, sencillo”. Días después, el matrimonio recibió una carta de Bergoglio, fue la décima carta salida de la oficina del pontífice. Y el matrimonio aseguraba a los periodistas que, en correspondencia a la gentileza y presteza del Papa para responder su carta, ellos querían ser de las primeras personas en despedirlo y rendirle homenaje ante su féretro.

Toda la mañana del miércoles 23 de abril, los periodistas recogieron testimonios de los fieles y peregrinos que acudieron en masa a despedir los restos mortales de Francisco. Un profesor, a pie de línea en la espera de avanzar hacia la Basílica de San Pedro explicaba con paciencia infinita a los reporteros: “Fue un Papa que buscó la justicia, preocupado por los pobres [...] Estamos profundamente tristes porque Francisco fue un hombre de una actitud moderna y que quería que la Iglesia fuera una casa para todos [...] Nos pidió

directamente a los católicos un cambio de actitud para salir a las periferias [...]”.

El tono era semejante en la mayoría de los asistentes, entre las expresiones populares de homenaje a Francisco destacaron aquellas que reconocían que el argentino había comenzado algo novedoso en el corazón de la Iglesia: una movilización práctica y concreta de ser Iglesia, una actualización discursiva y actitudinal y un nuevo estilo frente al famoso cambio de época; por ello, la muerte del pontífice parecía dejar en suspenso si esa ruta en renovación se mantendría.

Los fieles y la prensa también se preguntaban sobre algunos desafíos como la igualdad de género en la Iglesia, la transparencia financiera total, la reconciliación con víctimas de abusos. En el ambiente se murmuraba si el próximo pontífice tendría esto como prioridades o se enfocaría en otras no menores urgencias: la reanimación de una vocación sacerdotal muy menguada, la renovada formación de ministros de culto más afín al cambio de época o la rearticulación del servicio diplomático internacional del Vaticano para participar con más denuedo en la crisis geopolítica.

El mundo se suspendió un breve instante para tomar el luto por un líder religioso muy singular: Un hombre que encarnó las contradicciones de su tiempo; un pastor que abrazó el cambio y el camino agreste en un mundo hiper tecnificado; un místico que habló de economía y política contemporánea; y un pontífice que prefirió construir puentes a ras de suelo, desde los humildes y desde la humildad. Francisco no fue sólo un signo de contradicción al ser señalado como progresista por reivindicar actitudes del protocristianismo; también reivindicó paradojas que no siempre se comprendieron como la centralidad de las periferias. Pero justo esas periferias se movilizaron para tomar su papel histórico en el centro de dicho instante.

Para el jueves 24 de abril, los representantes de los medios de comunicación llegaban en oleadas al Vaticano y se mezclaban con las también masivas colectividades de peregrinos del Jubileo. Con la diversidad de lenguas y culturas presentes en la ciudad, Roma se convirtió en estos días en la capital mundial. La muerte del papa Francisco convocó no sólo miles de fieles y peregrinos que deseaban externar un último

adiós al pontífice; toda la ciudad se volcó a reorganizarse para recibir a decenas de dignatarios internacionales que acudirían al funeral del Papa y, por supuesto, el Vaticano operaba con diligencia para recibir a los cardenales de todos los rincones del mundo que habrían de participar del futuro de la Iglesia.

En el último día de exposición de los restos mortales del papa Francisco en la Basílica de San Pedro, el flujo de peregrinos que habían acudido al Vaticano no cesó ni siquiera durante la madrugada. El santuario petrino apenas cerró un poco más de una hora antes de despuntar el alba después de que durante toda la noche los fieles se apersonaron hasta el féretro del pontífice para rendirle homenaje.

Al amanecer, la dinámica que exigió inmensos esfuerzos logísticos y de seguridad de la ciudad de Roma, se reanudó en las inmediaciones del Vaticano. Policías, voluntarios y personal de Protección Civil organizan los accesos de los fieles por los cuatro costados del Vaticano especialmente el ingreso por la Vía de la Conciliación y por la Puerta de Santa Ana. Según autoridades locales, más de 128 mil peregrinos

habían ingresado a la Basílica de San Pedro en tres jornadas de velación.

Mientras los fieles y peregrinos seguían las instrucciones del Departamento de Protección Civil de Italia para su ingreso a la Plaza; en una ceremonia íntima, el cardenal Ferrel presidió el cierre del ataúd del pontífice. Este acto está lleno de simbolismos y tradiciones debido a que son colocados en el interior del féretro las monedas que relatan los años, meses y días del gobierno pastoral del pontífice, así como un cilindro en el que se resguarda el pergamino donde se destacan los aspectos principales de la vida de Jorge Mario Bergoglio, el Papa Francisco. Este texto conocido como *rogitum* contiene una síntesis de la vida y obra del pontífice, es leído ante los asistentes, firmado por alguno de ellos y finalmente depositado en un receptáculo cilíndrico.

El texto del *rogitum* destaca elogios singulares al finado Francisco:

“Toda la comunidad cristiana, especialmente los pobres, alababa a Dios por el don de su servicio

prestado con valentía y fidelidad al Evangelio y a la mística Esposa de Cristo... Su memoria permanece en el corazón de la Iglesia y de toda la humanidad... El magisterio doctrinal del papa Francisco fue muy rico. Testigo de un estilo sobrio y humilde, basado en la apertura a la misión, en el coraje apostólico y en la misericordia, atento a evitar el peligro de la autorreferencialidad y de la mundanidad espiritual en la Iglesia...’’⁷

Antes de la clausura del féretro, el cardenal camarlengo también colocó sobre el rostro del pontífice un lienzo de seda blanco, símbolo de esperanza en que, como fiel creyente, Francisco pueda encontrarse con el rostro de Dios en la vida eterna. Finalmente, roció agua bendita sobre el cuerpo del Papa.

El 25 de abril, la jornada previa al funeral, tuvo un peculiar cariz político; este día se realiza cada año la

⁷ El texto del íntegro del Rogito:

<https://press.vatican.va/content/salastampa/es/bollettino/pubblico/2025/04/25/250425a.html>

celebración en Italia de la Liberación Antifascista, un histórico momento de resistencia contras las fuerzas fascistas de Mussolini y la ocupación nazi de Hitler en la península; y cuyos actos celebrativos consistieron en la colocación de una ofrenda en el Altar de la Patria por el presidente de la República, Sergio Mattarella, y un discurso de éste ante la nación en el que, además de destacar los principios sociales de la república reconoció que los valores cristianos del papa Francisco convergen con los anhelos democráticos del mundo.

Y es que, las tensiones globales se hicieron presentes como nunca en la capital italiana ante la llegada de los diferentes líderes mundiales para participar en la despedida de Francisco. Destacó, claramente, la nerviosa expectativa del arribo del presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, Donald J. Trump, quien adelantó su interés de dialogar con otros mandatarios sobre el tema de aranceles. Aunque también se sabía ya de la llegada del presidente ucraniano, Volodimir Zelensky; y del representante diplomático de Rusia; una situación incómoda especialmente para Europa luego del ultimátum de

negociación propuesto por los Estados Unidos para terminar el conflicto bélico entre Rusia y Ucrania, a costa de la cesión de territorio de éste último a la nación euroasiática.

No fueron los únicos que acapararon los informativos de las vísperas del funeral pontificio, otros líderes mundiales y representantes de decenas de naciones confirmaban a los medios su asistencia al Vaticano para la Misa Exequial del papa Francisco; sin embargo, las autoridades vaticanas insistían a los medios que, los “sitios de honor” estarían reservados por los preferidos el Papa argentino: los refugiados, migrantes y personas en condición de pobreza, los principales destinatarios de sus mensajes e intenciones durante los doce años de su pontificado.

Al anochecer, las principales historias de los noticiarios italianos eran de índole político con internacionalistas y expertos en seguridad global; por supuesto, cada cinco minutos repetían algo que intuían era de más utilidad para sus audiencias a ras de suelo: la ruta de la procesión que se realizaría del féretro desde la Plaza de San Pedro hasta la Basílica de Santa María la

Mayor, en la colina del Esquilino: “Un recorrido de siete kilómetros que realizará un periplo por Porta Via de Cavalleggeri, Puente del Príncipe Savoia, Via Vittorio Manuele II, Piazza Venezia, Altar de la Patria, Via dei Fori Imperiali, Colosseo Romano y Via Merulana”, sonaba incesantemente en la radio y la televisión local. En una trattoría cercana a la Piazza del Risorgimento, un grupo de periodistas disputaban por sus posiciones de cobertura entre San Pedro y Santa María la Mayor. Unos consideraban más importante estar en la Misa exequial y otros, en la inhumación. Su mesero (un argelino musulmán políglota) parecía divertido por los debates de los comunicadores y finalmente le preguntaron: “¿Tú irías a San Pedro o a Santa María la Mayor?”

—A dónde haya más gente rezando...
—respondió riendo el mesero.

Le habría caído bien al Papa, pensé.

El funeral de Francisco, una ventana

Aún en la penumbra de la madrugada romana, cientos de periodistas informaban a una desvelada audiencia americana los pormenores de los eventos que se esperaban para ese 26 de abril. Frente a la Piazza San Pietro y al pie del Tiber hacia Via Conciliazione (una de las mejores tomas del Vaticano) un dinámico enjambre de periodistas transmitía en directo o grababa los *stands* de los reportes que nutrirían sus noticiarios durante las siguientes horas; detrás de ellos, el incesante pasar de fieles, turistas y curiosos que buscaban hacerse un lugar en las inmediaciones.

Otro grupo de periodistas hacía base frente a la Basílica de Santa María la Mayor hasta donde habría de ser trasladado el féretro de Francisco. En la cúspide de la colina y junto al impertérrito obelisco egipcio, camarógrafos, fotógrafos y redactores aguardaban con cierta tensión el arribo “del pueblo” pues, como se dijo, serían ellos quienes darían el último adiós al pontífice argentino.

Cuando la luz del sol comenzó a depositarse en las terrazas del centro de Roma; los informativos locales y globales apuntaron sus cámaras a los balcones que la

gente comenzaba a abrir para ver pasar la procesión del féretro. Desde 1881, con la muerte del papa Pío IX trasladado entre gran escándalo y riesgos anticlericales, el pueblo católico no había visto una procesión fuera del Vaticano para dar sepultura al pontífice romano⁸. Y por ello los ciudadanos respondían con naturalidad cuando se les preguntaba qué pensaban hacer en el traslado del papa Francisco: “No sabemos; quizá salir a ver. No sé. No sabemos qué se debe hacer”.

No eran los únicos. Aunque la Oficina de Prensa de la Santa Sede informó a detalle las calles del recorrido del féretro; no se sabía con claridad qué iba a suceder con el traslado una vez en territorio romano: cuánta gente acudiría, qué medidas de seguridad se tomarían, qué velocidad tomaría el vehículo, etcétera.

El Vaticano tenía suficientes asuntos que atender dentro de sus muros pues, mientras organizaba un

⁸ Debido a que el traslado de Pío IX fuera del Vaticano en julio de 1881 fue interrumpido y puesto en riesgo los restos mortales del pontífice; la Curia Romana tardó 20 años en cumplir la voluntad del papa León XIII de ser sepultado en San Juan de Letrán. El traslado de los restos del Papa Pecci, muerto en 1903, sucedió en la noche del 24 de octubre de 1924, en absoluta discreción mientras el fascismo comenzaba a campear en el escenario político nacional.

funeral histórico marcado por la austeridad y con cierta ruptura con tradiciones centenarias; las élites políticas buscaban capitalizar el legado de Francisco apersonándose en el sitio y momento en que todas las miradas globales estarían atentas, con intereses más o menos velados y orientados a legitimar sus liderazgos. Las delegaciones oficiales de mandatarios, dignidades religiosas y representantes políticos ingresaron al Vaticano por la Puerta de Santa Ana y las comitivas fueron conducidos con presteza y elegancia por los patios y galerías internas de los palacios apostólicos para, primero, presentar sus respetos frente al féretro de Francisco y, después, ocupar su sitial en la zona norte del altar principal donde se presidiría la Misa.

Los políticos no dudaron en llevar sus propias agendas hasta el Vaticano; algunos de viva voz o a través de sus voceros destacaron del papa Francisco su compromiso social con las marginalidades, las comunidades históricamente discriminadas y las periferias humanas materiales y existenciales así como su crítica al capitalismo salvaje; otros, defendieron de Bergoglio su radicalidad provida, la defensa de la natural

dignidad humana en todas sus condiciones y su llamado a la paz global en medio de una “Tercera Guerra Mundial a pedazos”.

Pero lo que Francisco sintetizó en una convicción íntegra gracias a una fe que no se limita a espacios ni fronteras sino que habla en categorías de tiempo y encuentro; la mundanidad política las quiso desgarrar como esencias irreconciliables. Por tanto, la batalla mediática, política y cultural justo en el día del funeral de Bergoglio no dejó de ser interpretada por las agendas de los líderes mediante conceptos como ‘izquierda’, ‘derecha’, ‘progresista’ o ‘conservador’, superados tanto por Francisco como por la Iglesia católica.

No obstante, este rasgo del papa Francisco de ser reclamado por ambos espectros de las ideologías políticas, simboliza una certeza: el pontífice latinoamericano realmente tenía una palabra útil para todos. Mientras sus detractores lo acusaron de pecar de ambigüedad; las certezas con las que nutrió a sectores tan disímbolos como confrontados revelaba la posibilidad de que gracias a una actitud de aceptación,

sin prejuicios ni predisposición a la exclusión logra una cosa al menos: el diálogo.

Y eso fue lo que sucedió de forma concreta y simbólica bajo la crucería de la Basílica de San Pedro, minutos previos al funeral de Francisco, cuando Trump finalmente se sentó a dialogar con Zelensky, en un “territorio neutral”. En medio del conflicto bélico, las posiciones de urgencia para ambos líderes políticos no sólo han sido distintas sino en ocasiones contrarias; y el diálogo fue un gesto de alivio, aunque fuera momentáneo.

Afuera, mientras se esperaba la procesión de los cardenales y del féretro, los periodistas pedían a los especialistas síntesis del legado de Bergoglio. En un despacho enviado desde Roma en esos momentos respondí a un informativo que me pidió resumir lo más importante del pontificado de Francisco. Escribí:

“Su llamado a una conversión íntima, integral y más consciente de nuestra responsabilidad con el prójimo lo hicieron un pontífice incómodo; su apuesta por una Iglesia pobre, abierta,

accidentada por audacia y no enferma por encierro, dispuesta a pedir perdón cuantas veces fuera necesario; lo hicieron un Papa de este siglo que así lo requería. No es sencillo aceptar que vivimos en una realidad cuya única frontera es el Misterio del creyente; que la humanidad tiene un solo origen, un solo Creador y un solo Destino. El resto de las fronteras, Francisco se las ha dejado a la conciencia de todos a quienes ha alcanzado con su ministerio pastoral y pontificio”.

Tal como lo solicitó Francisco, la ceremonia quería reflejar la sencillez de sus reformas; pero ese día, nada fue realmente simple ni sencillo. El cielo lucía completamente despejado y el clima era cálido, con un sol gentil; los cientos de miles de fieles y peregrinos que se apersonaron entre las columnatas de la Plaza de San Pedro y un poco más allá, a lo largo de toda la Vía Conciliazione para participar de las exequias del papa Francisco seguían el rezo del Rosario minutos antes del inicio de la ceremonia mientras los representantes de las

170 delegaciones políticas y religiosas internacionales iban acomodándose a un costado del presbiterio.

Después del rezo del Santo Rosario, la ceremonia comenzó con el tañido solemne de la campana sur de la Basílica de San Pedro que impuso el tono luctuoso. En ese instante, los dignatarios internacionales tomaron su sitio y comenzó la procesión de los obispos y cardenales concelebrantes de la ceremonia.

En un momento simbólico y silente, los sucesores de los apóstoles se detuvieron a lo largo del pasillo central y, entre ellos, el féretro del pontífice Bergoglio fue trasladado para cruzar por toda la nave del interior de la Basílica de San Pedro flanqueado por los cardenales y obispos de la Iglesia católica que se apersonaron para despedir al sucesor de Pedro.

En las pantallas, esas imágenes del sobrio féretro flanqueado por centenares de obispos y cardenales revestidos en un carmín vibrante, causaron el mismo efecto que aquel del 27 de marzo del 2020, cuando Francisco recorrió en penumbras y soledad la lluviosa Plaza de San Pedro para orar por el fin de la pandemia de COVID-19: Nuevamente el silencio solemne y la

crudeza de la pequeñez de la naturaleza humana contrastada contra la prístina indiferencia de los mármoles y muros históricos conmovió a los miles de asistentes quienes arrancaron en un aplauso espontáneo y largo mientras observaban la transmisión en las calles.

Al llegar a la plaza, el féretro fue depositado frente al altar y fueron colocados sobre él los Santos Evangelios. La celebración, presidida por el cardenal Giovanni Battista Re, de 91 años y decano del Colegio de Cardenales, destacó por la solemnidad de los momentos litúrgicos y por la homilía donde se habló del estilo en el servicio petrino del argentino Jorge Mario Bergoglio.

"Estamos en oración frente a sus restos mortales... con la certeza de que la existencia humana no termina en la tumba sino en la Casa del Padre", inició el cardenal e inmediatamente pasó a elogiar las virtudes de vida cristiana y gobierno pontificio del papa Francisco.

El cardenal Re, sintetizó con elocuencia el pontificado de Francisco: "Vibrante, intenso, cercano a los humildes y periféricos; y centrado en dos principios Evangélicos: misericordia y alegría". El dean del

Colegio de Cardenales tampoco dejó de mencionar la cualidad inédita del primer Papa de origen latinoamericano y jesuita de la historia de la Iglesia.

El cardenal destacó el afecto y participación de tantos fieles en los funerales y lo comparó con el "intenso pontificado del papa Francisco"; recordó que "la última imagen que permanecerá en nuestro corazón" del pontífice argentino será la del domingo de Pascua pasado "cuando el papa Francisco, no obstante de sus problemas de salud, ha decidido dar la bendición del balcón de la Basílica vaticana de San Pedro y después bajar a esta Plaza para saludar desde el papamóvil a la gente".

Por eso, dijo, que la Iglesia universal se une en plegarias porque Dios le conceda la eterna felicidad el horizonte glorioso y luminoso del más grande amor.

Battista Re recordó de Bergoglio su sólida formación en la Compañía de Jesús y su servicio pastoral en la ciudad de Buenos Aires, Argentina; cualidades que le llevaron a elegir en aquel marzo del 2013, el nombre de Francisco. Nombre pontificio que fue también la elección de "un programa de pontificado, buscando inspirarse por el espíritu de San Francisco de Asís".

Por ello, reconoció, el papa Francisco conservó siempre "su temperamento pastoral... su personalidad en el gobierno de la Iglesia... estableciendo contacto directo con la gente y con el pueblo. Quiso estar cercano a todos. Especialmente a los que están en dificultad, los últimos de la tierra, los marginados".

El cardenal también elogió el lenguaje natural del pontífice: "Fue cercano a la gente, cercano a todos... con el vocabulario de su lenguaje, nutrido de imágenes y metáforas buscó iluminar desde el Evangelio los problemas de nuestro tiempo... ayudando a los cristianos los desafíos de nuestro tiempo, en el cambio de época".

"Tenía una gran espontaneidad para encontrarse con la gente, también con la gente alejada de la Iglesia", destacó.

En la homilía laudatoria de la vida del pontífice, Battista Re mencionó que Francisco puso de manifiesto la esperanza de los sufrientes y de nuestro tiempo con un mensaje capaz de unir el aire misionario con la alegría del Evangelio: "Una alegría que está llena de esperanza".

El cardenal además dijo que "un hilo conductor de las convicciones de Francisco" fue pensar que la

Iglesia es casa de todos, una casa con las puertas siempre abiertas, un hospital de campaña en medio de una batalla que cura las heridas del mundo contemporáneo.

Sin embargo, acentuó el cardenal, su pontificado destacó especialmente por su predilección por los refugiados, migrantes y pobres; recordó su primer viaje realizado fuera de Roma a Lampedusa "haciendo un símbolo del drama de la emergencia con miles de personas ahogadas en el mar". El cardenal hizo mención de sus múltiples viajes apostólicos alrededor del mundo, especialmente a las regiones más dolorosas del planeta; y a las "periferias más periféricas del mundo" para "poner siempre al centro el Evangelio de la Misericordia".

Battista Re recordó que la convicción central del papa Francisco fue la confianza en que Dios Padre "no se cansa de perdonar"; destacó que Bergoglio convocó al Jubileo extraordinario de la Misericordia poniendo en el centro esta confianza: "Misericordia y alegría del Evangelio son dos palabras centrales del Papa Francisco", dijo.

Finalmente, el cardenal también destacó el servicio del Papa por la "Cultura del Encuentro" y del

"Encuentro de la solidaridad" que iluminaron su pontificado con un tono vibrante: "Su llamado a la fraternidad, porque todos somos hijos del padre que está en el Cielo... nos recuerda que todos somos parte de la misma familia humana y que nadie se salva solo".

Y concluyó con una rogativa para que Dios Padre tome al Papa en su inmensidad de su eternidad: "Siempre nos dijiste: 'No se olviden de rezar por mí'. Ahora, querido papa Francisco, te pedimos a ti rezar por nosotros; y te pedimos que desde el cielo bendigas a la Iglesia, a Roma, al mundo entero así como el domingo pasado hiciste desde el Balcón de la Basílica en el último abrazo con todo el pueblo de Dios y con la humanidad".

—¿Escuché bien? —volteó a preguntarme un agudo colega periodista de México— ¿Dijo que ‘desde el cielo, Francisco nos bendiga’? O sea: Ya lo canonizó, ¿no?

Le dije que era una expresión bonita y sencilla, nada más. Pero la intuición y agudeza de mi colega trascendió en no pocos espacios noticiosos y de análisis esa tarde: ¿Había confirmado o no el cardenal Re que el Papa Bergoglio estaba ya en el Paraíso? ¿Su ‘subida al

cielo' fue automática sin pasar por el Purgatorio? ¿Estaba veladamente anunciando la apertura de un proceso de canonización..?

En un enlace para una radio mexicana, una conductora me preguntó sobre esto: “¿La gente en la calle clamó el ‘santo súbito’ como lo hicieron con san Juan Pablo II en el día de su funeral?”. Personalmente no fui testigo de algo parecido; me pareció que, sobre todo, primaba un silencio honestamente afectado; un sentimiento de gratitud al Papa finado (las mantas reiteraban ese mensaje principalmente en español y en italiano); pero, entre murmullos, la gente hacía una pregunta que su prudencia no siempre podía guardar: “¿Quién será el próximo Papa?” Algo que, evidentemente, fue muy distinto a los fríos y encapotados funerales de enero de 2023 del papa Benedicto XVI, ambientados solo por las bandas musicales bávaras que despidieron a su compatriota.

Durante la celebración, las cámaras pusieron especial atención al momento del ‘saludo de paz’; el personaje central de los encuadres sin duda fue Donald Trump quien estrechaba las manos en todas direcciones,

comenzando con Emmanuel Macron, presidente de Francia, y siguiendo con diplomáticos europeos al alcance de su banca. Sobre la misma fila, el rey Felipe VI y la reina Letizia permanecieron impertérritos. Los saludos a Trump concluyeron sólo cuando los diáconos se ubicaron en la zona de los dignatarios para distribuir la Sagrada Comunión a los políticos católicos.

Al final de la Misa, los obispos volvieron a la Basílica para quitarse los ornamentos; los sediaros pontificios nuevamente levantaron el féretro de Francisco y lo llevaron frente al altar central del interior de la Basílica sólo por unos segundos antes de enfilarse a la camioneta-papamóvil para hacer el recorrido hacia Santa María la Mayor. Desde ese instante y a lo largo de todo el trayecto, las campanas de todos los templos de Roma sonaban al unísono despidiendo al Papa.

En contra de la intuición de los periodistas, el traslado de los restos mortales de Francisco del Vaticano a la colina del Esquilino no fue una procesión, las calles estaban delimitadas, los cortes vehiculares estuvieron listos, la gente se apostó a cada lado de las vallas para ver pasar el cortejo; pero nada de lo que ocurría podría

llamarse solemne: la camioneta no llevaba ningún signo ni adorno, el recorrido se realizó a velocidad de crucero –de hecho, más bien veloz en contraste con la velocidad máxima que se puede alcanzar en una jornada normal por las estrechas vías de Roma–, los fieles sólo alcanzaban a agitar dos veces sus banderines con los colores del Vaticano o procurar una fotografía con su teléfono o gritar un “¡Gracias Francisco!”. A pesar de eso, miles de personas flanqueaban el paso del féretro.

Populi Romani

Media hora. Seis y medio kilómetros. Esa fue la medida terrenal del último viaje del papa Francisco.

Desde que el vehículo que transportaba el féretro abandonó la explanada vaticana hasta que se detuvo al pie de la escalinata de Santa María la Mayor, Roma entera se convirtió en una sola nave sin techo, sin altar, sin protocolo. Las calles delimitadas por vallas metálicas sirvieron de pasillo procesional; los romanos, peregrinos y gendarmes hicieron de coro involuntario pero unísono:

“¡Gracias, Francisco!”, repetían. Nadie les había pedido que estuvieran ahí. Nadie tuvo que convencerlos. Sólo había algo que lamentaban: “Pasó muy rápido”, dijo una señora que llevaba flores porque pensó que podrían ponerlas sobre el papamóvil durante el trayecto. Durante la Misa se había colocado sobre el Puente Savoia esperando una procesión que se dijo en los medios sería: “a paso de cabalgata”.

—¿Piensa llevarlas a la Basílica, para ponerlas en su tumba?

—Sí, pero hoy no. Hay mucha gente. Imposible llegar.

Al igual que la mujer, muchos periodistas que acudimos a la ceremonia tuvimos que renunciar a trasladarnos en esas horas al Esquilino; volvimos a la sala de prensa para enviar despachos, realizar enlaces y tomar llamadas. Por las pantallas vimos cómo el cortejo avanzó sin la solemnidad ceremonial de una procesión fúnebre pero con la gravedad espontánea de una ciudad que sabía que algo irrepetible estaba pasando frente a sus ojos.

Cuando el vehículo bordeó los Foros Imperiales y el perfil milenario del Coliseo apareció en el horizonte, varios periodistas dejaron de hablar al micrófono. No por protocolo. Simplemente porque no había palabras a la altura de ese instante. Roma, que ha visto pasar emperadores y ejércitos, concilios y revoluciones, recibía ahora a un hombre en un ataúd de madera y zinc que había pedido ser enterrado con el nombre más corto posible: Franciscus. Una sola palabra. Como epitafio, como programa, como resumen.

Un par de jornadas atrás, los periodistas habíamos acudido precisamente a Santa María la Mayor para testimoniar los trabajos en el cenotafio, habíamos hablado del diseño elegido por el propio Bergoglio, de la cruz del Buen Pastor que le identificó durante todo su pontificado y de los materiales de la tumba procedentes de la costa noroccidental de Italia, tierra desde donde sus abuelos emigraron a Argentina. Durante los informes oficiales a la prensa se insistía: “Es un diseño sobrio y discreto”. En efecto, el soporte del pavimento es una piedra de Finale Ligure y, sobre él, una simple losa de piedra, con el nombre del Papa grabado y elevado sólo

12 centímetros sobre el nivel del suelo. En la pared frontal, una réplica ampliada de la cruz pectoral que solía llevar el Papa. Nada más.

En la pantalla de la Sala de Prensa, la producción de la televisión vaticana mostraba la llegada del cortejo a la colina del Esquilino. Volvimos a la expectativa periodística porque se había adelantado que el último contingente que iba a despedir a Francisco sería el pueblo sencillo. Ante la escalinata de la Basílica, efectivamente, unos cuarenta hombres y mujeres portaban una rosa blanca en la mano.

Eran los pobres, los sin techo, los presos en permiso, los migrantes sin papeles, los transgénero que Francisco recibió en audiencias que sus propios colaboradores a veces miraban con incomodidad. Estaban ahí por disposición vaticana, sí, pero también porque habían pedido estar. El Vaticano quiso subrayar con ese gesto que "los pobres tienen un lugar privilegiado en el corazón de Dios". Francisco no habría necesitado el subrayado: lo había demostrado durante cuatro mil cuatrocientos veinte días consecutivos de pontificado.

No dijeron discursos. Cuando el féretro pasó frente a ellos, algunos lloraron, otros murmuraron algo que sólo ellos y quizá el cielo pudieron escuchar. Hubo quien besó su rosa blanca antes de depositarla. Era un adiós, sí, pero sobre todo —según repetían los que pudieron acercarse a escucharlos— era un gracias. "Era como un padre", dijo una mujer migrante a un periodista de la RAI, con la misma sencillez con que Francisco solía decir las cosas más profundas.

Pensé entonces que ningún teólogo, ningún analista vaticano, ningún cardenal con cincuenta años de curia podría haber resumido mejor el pontificado de Bergoglio que esa fila de personas con flores blancas en una escalinata de Roma. Francisco no había construido un monumento. Había construido eso: la posibilidad de que los últimos tuvieran un sitio en la primera fila.

El rito de la inhumación fue breve, austero, poca gente al interior del santuario, por ello casi privado. El camarlengo Farrell presidió el responso inicial. Algunos cardenales, el arcipreste de San Pedro, el vicario de Roma, el limosnero pontificio y los ceremonieros se congregaron en el interior de la basílica. Todos vestían

hábito coral: sobrepelliz, esclavina y solideo. El féretro fue sellado con cera lacre antes de ser depositado en la cripta: el sello de la Cámara Apostólica, el de la Prefectura de la Casa Pontificia y el de la Oficina de Celebraciones Litúrgicas. Tres sellos. Tres instancias. Así finalizó la larga custodia de esas instituciones de los restos mortales del pontífice.

Después, el ataúd descendió en ese pequeño espacio en la nave lateral ubicada entre la Capilla Paulina —donde se venera el ícono de la *Salus Populi Romani*— y la Capilla Sforza. "En la tierra", había pedido Francisco. "Sencillo, sin decoración particular".

Mientras se cerraba la sepultura, los presentes entonaron la *Salve*. Luego, el notario del Capítulo de San Pedro leyó el acta que certificaba la inhumación del Pontífice romano. La firmaron el camarlengo y el prefecto de la Casa Pontificia. Con eso, Jorge Mario Bergoglio dejó de ser el Papa y se convirtió definitivamente en historia.

Según se dijo, un benefactor anónimo —como él mismo había dispuesto— cubrió los gastos. Incluso en

eso, Francisco se las arregló para no deber nada a nadie, y para no hacer del final una ocasión de ostentación.

Quedarse solo frente a esa lápida —o más bien, frente a esa ausencia de lápida, porque sólo hay un nombre y tierra— obliga a preguntarse qué dejó realmente este hombre. No en términos de documentos magisteriales ni de reformas curiales, que los tiene y abundantes; sino en esa dimensión más difusa y quizá más duradera que tienen los líderes que tocan algo verdadero en la gente.

Desde México, el director de El Observador, Jaime Septién, me pidió ayuda para resumir en un artículo el “legado de Francisco”. Envié un texto profuso pero escrito en silencio ante la lápida de Bergoglio del que recupero este fragmento para esta crónica:

“Hace tiempo, un colega me contó una anécdota: Había sucedido en su juventud junto a un sacerdote jesuita en México. El religioso, junto

con unos estudiantes, había visitado una comunidad rural y, de vuelta a la ciudad, les sugirió detenerse a descansar en una laguna que el religioso recordaba de su propia adolescencia con ilusión. Al llegar, el sacerdote –según relató mi amigo– se decepcionó porque el lirio acuático había invadido casi la totalidad de la laguna. Mi colega dijo que el sacerdote tomó el automóvil, acudió al pueblo más cercano y pidió prestadas palas, azadones y horcas; regresó a la laguna y les pidió ayuda a los jóvenes para limpiar la laguna. Estuvieron bajo el sol durante horas. En algún punto, mi amigo le reclamó al jesuita sobre la inutilidad de su esfuerzo: durante horas habían paleado lirio sobre lirio y el horizonte invadido de la laguna no parecía haber cambiado un ápice. El sacerdote por toda respuesta le dijo: “Pero ahora está un poquito mejor que antes, ¿no crees?”

Pienso en esta historia mientras recuerdo lo que aquella tarde de octubre de 2012, el cardenal Jorge Bergoglio nos dijo en Buenos

Aires al cuarteto de directores de Vida Nueva en el mundo hispanohablante (Javier Darío Restrepo, José Ignacio López, Juan Rubio Fernández y este que escribe): “Urge aire fresco para una Iglesia agotada por el cansancio de los buenos”. Seis meses más tarde, Bergoglio fue elegido Sumo Pontífice y trabajó a favor de la Iglesia durante más de cuatro mil días al hilo; uno a la vez... Con esa energía, el Papa tomó las herramientas a la mano y removió la plaga de lirio de donde debía ser removida animando al pueblo a sumarse, a caminar juntos, ante inmensos desafíos.

Evidentemente no logró transformarlo todo y, seguro, el horizonte aún se ve inalterado; pero no cedió a ese “cansancio de los buenos” y quizá por ello la Iglesia y el mundo estén un poquito mejor...”.

Acudí al día siguiente a la tumba de Francisco. La fila de ingreso a Santa María de las Nieves se desplegaba lenta pero constantemente incluso antes del

alba. Mientras esperaba y el día iba clareando con fuerza charlé con un par de mujeres canadienses que esperaban delante de mí, de inmediato dijeron que no eran católicas pero creían que Francisco “no pudo” cambiar las cosas como él hubiera querido.

No estuve del todo de acuerdo. Francisco no prometió resolver todo o cambiarlo todo. No ofreció utopías ni calendarios de transformación. Pienso que tomó una pala —o un nombre; o un gesto (el abajarse); o una prioridad, como su viaje inicial a Lampedusa— y removió un poco de plaga de lirio donde debía ser removida, sabiendo perfectamente que el horizonte seguiría viéndose igual de inmenso y complejo al atardecer. Aunque ahora, quizá, un poquito mejor que antes.

—¿Te quedás al Cónclave? —me preguntó un colega argentino enviado para los funerales (principalmente para dar la nota sobre el presidente Milei) y me dijo que a él lo regresaban porque “ya no iba a salir otro Papa argentino”. Luego me hizo la pregunta que se repetiría incesantemente toda la semana:

—¿Quién creés que quede de Papa?

Apenas era mediodía del domingo 27 de abril; los cardenales ya dibujaban una fecha tentativa para el arranque del cónclave pero antes vendrían otros momentos ya anunciados. Le dije que primero habría que escuchar a los purpurados durante los *novendiales* y durante las congregaciones generales...

—¿Y ahí sí darán pistas sobre quién podría quedar?

—En realidad, no creo —respondí.

CRÓNICAS DESDE ROMA

III. NOVENDIALES Y CONGREGACIONES GENERALES

Los diarios del mundo destinaron algunas notas de lunes con el inicio de las preces por el descanso del Santo Padre. Decían que los cardenales del orbe seguían llegando a Roma y que ahora se encontraban en centro el ojo público pues, mientras oran por el eterno descanso de finado pontífice también comienzan a escuchar los signos de los tiempos para evaluar las cualidades, virtudes y defectos de sus hermanos en el colegio cardenalicio; pues, de entre ellos, habría de surgir quien daría rostro y sentido a la unidad eclesial y cuya misión sería sostener el camino de la Iglesia rumbo a los 2000 años de la Redención.

Luto expectante

Roma no sabe quedarse quieta. Ni en el duelo.

Al día siguiente del funeral, cuando todavía resonaban en las piedras de la Via Merulana los últimos aplausos con que los romanos despidieron el cortejo fúnebre de Francisco, la ciudad ya había cambiado de registro. El luto seguía, sí, pero había cedido algo de su peso bruto a una forma más sostenida y laboriosa de tristeza: la que se trabaja en oración, en discernimiento, en los corrillos de los pasillos vaticanos donde los purpurados caminaban despacio y miraban hacia adelante como buscando un punto inasible en el espacio. Comenzaban los Novendiales.

La tradición es antigua y tiene la lógica implacable de las cosas que duran porque son necesarias: nueve días de misas en sufragio por el alma del pontífice difunto, presididas por miembros del Colegio Cardenalicio. Nueve días en que la Iglesia no corre apresurada hacia el futuro sino que se detiene, respira y asimila la pérdida; pero sobre la frente de los cardenales

también se podía ver la expectación. Aunque los días parecían alargarse, el escenario se intensificaba de pura incertidumbre: el acontecimiento de la elección del 267° pontífice romano se asomaba lentamente en el horizonte.

—Creo que hasta Fátima tendremos nuevo Papa —profetizó un especialista en la televisión. El entrevistado no hablaba de Fátima como el sitio geográfico en Portugal, epicentro del Milagro del Cielo y de las apariciones de Nuestra Señora; se refería a la fiesta litúrgica del 13 de mayo. Fecha por demás simbólica para el papado porque en ese día, pero de 1981, el pontífice Juan Pablo II fue víctima de un atentado y recibió un impacto de bala mientras saludaba a los fieles en la Plaza de San Pedro⁹.

⁹ Como se sabe, el Papa polaco sobrevivió y la bala que casi le arranca la vida fue incrustada en la corona que el propio pontífice mandó hacer como exvoto a la Virgen de Portugal. Más adelante Ratzinger, quien sería el papa Benedicto XVI, tuvo un papel importante en la custodia y posterior revelación del famoso “Tercer secreto de Fátima” dado a sor Lucía Dos Santos y, como pontífice, viajó a Fátima a conmemorar diez años de la beatificación de los pastorcitos videntes de 1917. Finalmente, Francisco aseguró que el 13 de mayo de 1992 fue consultado si aceptaba ser obispo auxiliar de Buenos Aires y, como Papa, viajó al santuario en 2017 para celebrar los cien años de las apariciones y la canonización de Francisco y Jacinta Marto, videntes.

—El próximo Papa será Benedicto XVII —dijo en un pronóstico aventurado el especialista y con plena seguridad.

Sin embargo, para el resto de los periodistas que cubríamos estos días el Vaticano, nos enfocamos en los Novendiales porque estábamos seguros de que, en su realización se podrían advertir signos de utilidad para el discernimiento, signos que la Iglesia no anuncia pero que tampoco disimula. Fueron esos momentos donde, detrás de las palabras sopesadas de los cardenales en el altar, se expresaron las esperanzas, las urgencias y los temores de quienes en pocos días tendrán que decidir el rumbo de la Iglesia entera. Las homilías de los Novendiales no fueron simples elogios fúnebres convencionales; fueron, si se sabían leer con atención, documentos de época y augurios de una decisión que va tomando forma.

Así quise leerlas desde el primer día.

El domingo 27 de abril, la Plaza de San Pedro amaneció inundada de una presencia que nadie había calculado del todo: los jóvenes del Jubileo de Adolescentes. Miles de ellos, venidos de Italia, América Latina, África, Asia, en fin, mezclados con los

peregrinos de duelo, con los ancianos cardenales y monseñores, con los periodistas que ya llevaban una semana sin dormir bien. Aunque Roma siempre tiene esa mezcla de visitantes improbables; en esos días la diversidad tenía algo de festivo.

Fue el cardenal Pietro Parolin, ex Secretario de Estado del Vaticano, quien presidió esa misa. Y Parolin, que es un hombre de Estado antes que un hombre de tribunas, eligió sin embargo comenzar con una imagen que calaba hondo: los fieles tras la muerte de Francisco, dijo, se parecían a los apóstoles encerrados en el Cenáculo por miedo, según el Evangelio de Juan: “Vivimos una sensación de orfandad”, admitió sin eufemismos, “pero en estos momentos de oscuridad, el Señor nos ilumina con la resurrección”.

Esa palabra —orfandad— se quedó flotando en la plaza. La escuché repetida ese día en varios idiomas por fieles que salían de la Basílica: orfandad en español, *orfanezza* en italiano, *orphanhood* en inglés. Cada quien cargando la suya a su manera.

Parolin se dirigió especialmente a quienes, como él, convivieron cotidianamente con Francisco los últimos

doce años: a los empleados del Vaticano. Por supuesto, el personal estaba presente en la ceremonia. No es un secreto que su cercanía y presencia fue lo que mantuvo cuerdo a Bergoglio. Él mismo lo hubiera dicho así. No quiso vivir en los aposentos del Palacio Apostólico para evitar el aislamiento y por “motivos psiquiátricos”.

Parolin continuó con lo que parecía ser el hilo conductor de todos los Novendiales: la herencia de Francisco no puede ser un sentimiento, tiene que ser una acción: “Nuestro afecto por él no debe ser una emoción pasajera, sino acoger su herencia: abrimos a la misericordia divina y practicarla entre nosotros”, dijo. Y luego, mirando a los jóvenes que llenaban la plaza, los confrontó con los espejismos de la inteligencia artificial, con la desorientación tecnológica, con los desafíos propios de su generación y les confió: “Con Él, ningún obstáculo será insuperable”. Parolin compartió su homilía con esa convicción tranquila que caracteriza a los diplomáticos cuando hablan en serio; mientras, la gente al final de la ceremonia se preguntaba: “¿Sería Parolin un buen Papa?”

Esa misma tarde, algo más de 20 mil personas se congregaron en Santa María la Mayor para visitar la tumba de Francisco. El cenotafio acumulaba rosas blancas y amarillas. Entre los peregrinos ordinarios hubo un momento que los periodistas italianos registraron con especial atención: la llegada de Carmela Mancuso, conocida en los últimos meses simplemente como "la señora con flores amarillas". Era la mujer que Francisco reconoció y agradeció personalmente cuando salió del Policlínico Gemelli tras su última hospitalización. Ese gesto suyo —tan pequeño, tan *bergogliano*— le valió un permiso excepcional de la seguridad para acercarse a la tumba.

Carmela depositó un ramo de crisantemos amarillos junto a la inscripción y dijo entre lágrimas: "Lo quise mucho, para mí es un santo". No esperé a que, desde la redacción, me dijeran que eso era noticia. Yo sabía que era algo más que eso.

Alrededor de las cuatro de la tarde, más de 110 cardenales llegaron en minibuses desde el Aula Pablo VI. Vestidos con traje talar unos, con vestiduras púrpuras otros, algunos incluso con el hábito de su orden

religiosa, recorrieron en procesión la nave central de la basílica y se detuvieron ante la tumba. La mayoría oró en silencio. Otros se arrodillaron. Otros se persignaron con una lentitud que era claramente deliberada. Las cámaras los capturaban a todos, buscando en los rostros alguna señal de lo que vendría, como si la piedad de los cardenales frente a la tumba pudiera revelar algo sobre sus preferencias en la elección del próximo pontífice. Tal era nuestra obsesión periodística.

La ceremonia de Vísperas solemnes la presidió, justo ahí, el cardenal lituano Rolandas Makrickas en la Capilla Paulina, bajo la mirada del ícono de la Salus Populi Romani, ante cuya imagen Francisco había rezado 126 veces a lo largo de su pontificado. Ese número –126– lo repetían los guías, los locutores, los propios cardenales.

Encabezó la procesión el cardenal Santos Abril y Castelló, arcipreste emérito del templo, quien había acompañado a Francisco en su primera visita al recinto como pontífice en 2013. Doce años, 126 visitas, y ahora el silencio definitivo bajo el mármol. El cardenal se

quedó un momento privado ante el sepulcro. Nadie le preguntó qué pensó. Habría sido una impertinencia.

Adentro y afuera

Los siguientes días fueron un sucedáneo de oración y trabajo colegial para los cardenales. El lunes 28, las Congregaciones Generales secuestraron plenamente la atención de los periodistas quienes, ligeramente más descansados, nos internábamos en una semana que, siendo apenas un suspiro, sostendría cientos de historias cuya relevancia impactaría al futuro.

Conviene explicar qué son las Congregaciones Generales, porque desde afuera parecen reuniones administrativas y desde adentro son, según me describieron los cardenales que accedían a hablar, algo mucho más parecido a un examen de conciencia colectivo: Se reúnen todos los cardenales —no sólo los electores— en la Nueva Aula del Sínodo, a un costado de la Basílica de San Pedro. Oran. Escuchan una meditación. Luego hablan. Cualquiera puede pedir la

palabra, y los que la piden no siempre dicen lo que la prensa espera oír.

—Tampoco nosotros —me confió sonriente, cortante y sardónico como estila el cardenal mexicano, Norberto Rivera mientras cruzaba la Vía Paolo VI hacia la residencia de los agustinos.

Afuera, cada vez que terminaba una sesión, el enjambre de periodistas se abalanzaba sobre los purpurados que salían. Primero en inglés, luego en italiano, luego en el idioma materno de quien preguntaba. La mayoría de los cardenales no decía nada, porque la Santa Sede había establecido que la comunicación oficial sería centralizada. Pero lo que no decían con palabras lo decían de otras formas: en la manera de esquivar las cámaras, en los temas que sí consideraban mencionables, en cómo atendían a la gente que reconocían entre la multitud de micrófonos.

En uno de esos enjambres, cuatro días después, vi algo que me pareció revelador. Los periodistas insistíamos en preguntarle al cardenal Matteo Zuppi —arzobispo de Bolonia, presidente de la conferencia episcopal italiana, uno de los *papabili* más nombrados

por las apuestas y los pasillos— sobre el ambiente interno del Vaticano. Zuppi nos escuchó con paciencia y luego, con la misma naturalidad con que Francisco solía hacer esas cosas, puso el acento en otra parte: era Primero de Mayo, día internacional del trabajo, y él quería hablar de eso. De los derechos obreros. De los trabajadores en condiciones injustas....

Después del ‘chacaleo banquetero’ como decimos los periodistas mexicanos, los colegas estaban molestos porque creían que el purpurado ‘daría nota’ sobre los debates internos en el colegio de cardenales. El interés de nuestros medios era casi obsesivo: “¿Qué es lo que pasa allá adentro?”, nos insistían. Y, sin embargo, con lo que nos topamos fue que uno los hombres que más se mencionaba como fuerte candidato al pontificado prefería mirar hacia afuera de los muros vaticanos, le urgía atender la realidad compartida no tanto los asuntos eclesiásticos.

—Nosotros queremos entrar y ellos buscan cómo salir —le confíe a un amigo.

—No creo —me respondió escéptico—; quizá fue calculado. Quieren distraernos del caso Becciu y de

Cipriani (dos cardenales defenestrados en tiempos de Francisco que primero apelaron a participar de las congregaciones o al cónclave pero posteriormente renunciaron a esa intención).

No sé si fue calculado lo que salió a decir Zuppi. No sé si realmente importaba. El pontífice que ya se encontraba entre ellos sería quien habría de definir si continuaría o no con la convicción de ser “una Iglesia en salida”.

La obsesión entre lo que sucedía ‘adentro’ para los que estábamos ‘afuera’ era radical. Recuerdo que el cardenal Virgilio do Carmo, arzobispo de Dili en Timor Oriental –quien fue uno de los purpurados más fotografiados y perseguidos en su entrada y salida de las Congregaciones porque siempre iba escoltado por algún funcionario de su nación– respondió jocosamente a la prensa: “¡Ustedes saben más que yo!” Y, de hecho, no estaba del todo equivocado. Una de las principales tareas del Vaticano en esos momentos era auxiliar a los cardenales a reconocerse entre ellos. Se repartió al interior un booklet con los perfiles de cada purpurado. Francisco

había diversificado tanto al colegio cardenalicio que muchos, realmente no se conocían.

La quinta Congregación General, celebrada el lunes 28, tuvo un resultado concreto: los cardenales votaron por iniciar el Cónclave el 7 de mayo. Primero se celebraría la *Misa pro eligendo Romano Pontifice* por la mañana en la Basílica de San Pedro; y por la tarde, las puertas de la Capilla Sixtina se cerrarían en ese acto simbólico y elocuente. La decisión de la fecha mantenía la tradición de aguardar al menos quince días desde la muerte del pontífice. En esa misma sesión, se confirmó al cardenal alemán Reinhard Marx como coordinador del Consejo de Asuntos Económicos para el proceso, y se designaron por sorteo a los cardenales Luis Antonio Tagle y Dominique Mamberti para acompañarlo. Los cardenales iban a ser informados sobre las condiciones económicas del Vaticano, una tara recurrente de la Sede Petrina.

Ese mismo día también se resolvió precisamente el asunto del cardenal Giovanni Angelo Becciu, protagonista del que la prensa vaticana llamó "el juicio del siglo": condenado por fraude financiero,

malversación y nepotismo, incluida la tristemente célebre compra a sobreprecio de un edificio de lujo en Londres con fondos destinados a la caridad. Becciu había asistido al funeral de Francisco y, según se testimoniaba, tenía intención de participar como elector en el Cónclave. Pero el cardenal Parolin no tuvo opción sino mostrarle un documento en el que constaba que el propio Francisco le había retirado la autorización de voto.

Becciu lo comunicó con una frase que equilibraba la obediencia con la autodefensa: “Teniendo presente el bien de la Iglesia, he decidido obedecer, como siempre lo he hecho, la voluntad del Papa Francisco de no entrar en el Cónclave, permaneciendo convencido de mi inocencia”. Roma, en esos días también enseñaba que la dignidad es un buen recurso ante el juicio de la historia.

Fuera estrategias

El tercer Novendial trajo consigo quizá la homilía más directa y políticamente desnuda de los nueve días. La

pronunció el cardenal Baldassare Reina, vicario general de la diócesis de Roma, ante un nutrido grupo de purpurados, bajo una llovizna ligera que cubría la Plaza de San Pedro con esa melancolía húmeda que la ciudad adopta cuando quiere ponerse seria. Reina no fue eufemístico. Ni siquiera intentó serlo.

Dijo que el pueblo se encontraba “como ovejas sin pastor”. Dijo que “el mundo arde y pocos tienen el coraje de anunciar el Evangelio traduciéndolo en una visión de un futuro posible y concreto”. Y luego, en el momento más tenso de su homilía, lanzó una advertencia dirigida a nadie en particular pero a todos al mismo tiempo: “Éste no puede ser un tiempo de equilibrios, de tácticas, de cautelas, de instintos de vuelta atrás, o peor aún, de venganzas y alianzas de poder”. Habló de malos pastores que abandonan las ovejas al peligro. Habló del riesgo de un pontificado “de compromisos trágicos” atados al miedo y a “las alianzas ciegas y sordas a los signos del Espíritu Santo”.

En la cafetería del Borgo Pío esa noche, un grupo de periodistas veteranos debatía si Reina había cruzado alguna línea con una homilía tan dura. Uno de ellos,

corresponsal romano de una agencia española con treinta años de experiencia vaticana, zanjó el debate con tranquilidad: “No cruzó ninguna línea. Dijo exactamente lo que varios cardenales piensan pero no dicen. Eso es lo que hacen los Novendiales: dan permiso para decir ciertas cosas”.

Tenía razón. Y por eso los Novendiales son, para quien sabe leerlos, el verdadero prólogo del Cónclave.

—Yo creo que, en estos días, los cardenales piensan menos en nombres y más en contextos —me comentó un funcionario del Vaticano— Estamos en una tercera guerra mundial a pedazos y a ocho años del Jubileo de la Redención. No creo que ninguno de ellos ‘traiga’ una estrategia. Creo que la mayoría reza con auténtico abandono y confianza. Ellos no tienen interés en conocer hacia dónde marcha el juego mediático de los *papabili*.

En efecto, en los brevísimos clips de video que la Sala de Prensa del Vaticano difundió cada jornada sobre las Congregaciones parecía que los cardenales casi no cruzaban palabras entre ellos; en las imágenes se les veía mirar hacia el frente como a un punto inasible en el

espacio, en algunos fragmentos de oración colectiva se les advertía el tono monótono y grave.

En la sexta congregación general los cardenales abordaron cuestiones relacionadas con la secularización, la búsqueda de sentido en las nuevas generaciones, la paz mundial y el diálogo interreligioso; lo que la prensa destacó fue el anuncio de que el lunes 5 de mayo por la tarde, se realizaría la ceremonia de juramento de los oficiales y encargados del Cónclave. Todo el personal que tendría alguna función, por pequeña que fuera, como los secretarios, el maestro y los ceremonieros de celebraciones, los religiosos de auxilio en la sacristía; los traductores, los médicos y enfermeros, los encargados de comedor, limpieza, ascensoristas; vigilancia y seguridad, y hasta los floristas debían presentar personalmente su juramentación ante el cardenal camarlengo Farrel. El compromiso: No revelar ni compartir nada de lo que vieran o escucharan.

Al terminar cada reunión en el Aula, la mayoría de cardenales curiales ingresaba al Vaticano por la Plaza de los Protomártires Romanos, lejos de la prensa y los curiosos. El resto, tenía que salir en automóvil o a pie

atravesando la Piazza del Sant'Uffizio o el Brazo de Carlomagno a través de las columnatas de Bernini que circundan la Plaza de San Pedro. La mayoría de cardenales eludía a la prensa con incomodidad o incluso desprecio, muy pocos se detenían a ofrecer alguna palabra a la prensa. Sólo una porción muy pequeña optaba por pasar tranquilamente por la plaza en su traje talar. Evidentemente la gente los reconocía, los saludaba y, claro, le pedían tomarse fotos con ellos (“Tal vez me esté tomando yo una foto con el próximo Papa”, dijo alegre una feligrés colombiana). Esos cardenales fueron los que bendijeron a cuantos pudieron bajo el claro cielo romano de aquellos días y bajo la mirada de decenas de cámaras, cuyos operarios iban a dormir tranquilos porque, con suerte, en su registro podrían tener al cardenal que habría de tomar el traje pontificio.

Algunos periodistas perseguían a los cardenales incluso hasta el restaurante o trattoría donde iban a comer; por las noches, vaticanistas y expertos en las dinámicas de la Curia Romana quedaban para cenar con monseñores o arzobispos para ir enriqueciendo sus

crónicas. Tras uno de esos encuentros, un colega se sinceró conmigo:

—Al final, nadie sabe lo que realmente significa todo lo que el arzobispo nos dijo. Las palabras que le dijo su cardenal son crípticas.

En efecto, incluso dialogando y conversando con ellos, las palabras de los cardenales parecen tener muchos niveles de interpretación; o quizá sólo sobrepensamos sus discursos y ellos ni siquiera intentaban ser profundos.

Por un lado, los que no quieren ser descartados dicen públicamente que no desean ser Papa; pero los que realmente quieren alejarse del solio pontificio dicen: “Sí, me gustaría ser Papa y además creo que lo haría muy bien”.

En esos días platicué con varios de ellos, algunos bromeaban para parecer ligeros y otros huían con timidez ante el asedio de las preguntas. Finalmente, aquellos cardenales que se sabían ‘no elegibles’ ofrecían un discreto pero toral servicio: orientar la mirada de sus homólogos hacia sus particulares reflexiones. Gracias a la prensa, esa mirada llegaba a sus destinatarios.

La séptima Congregación General, celebrada el 30 de abril, tuvo un componente atómico: los cardenales recibieron un informe financiero detallado de la Santa Sede. El cardenal Reinhard Marx expuso los desafíos económicos estructurales. El cardenal Kevin Farrell habló del comité de inversiones. El cardenal Christoph Schönborn informó sobre la supervisión del Instituto para las Obras de Religión, el famoso IOR. El cardenal Konrad Krajewski, limosnero apostólico, presentó el trabajo del Dicasterio para el Servicio de la Caridad.

La imagen se antoja insólita y al mismo tiempo completamente coherente con el espíritu de una Iglesia en tensión: el Colegio Cardenalicio discutiendo balances contables antes de elegir un Papa. Como si quisieran dejar claro que la Iglesia que iban a dejar en las manos del próximo pontífice no debería tener secretos en sus arcas. En esa misma sesión se aprobó además una decisión que rompía con la norma escrita: participarían en el Cónclave todos los cardenales electores presentes, aunque su número superara el límite de 120 establecido en la constitución apostólica *Universi Dominici Gregis*. Eran 133 electores confirmados. La unanimidad habló.

El 30 de abril también fue el quinto Novendial, presidido por el cardenal Leonardo Sandri, vicedecano del Colegio Cardenalicio. Sandri, diplomático de larga trayectoria, ex nuncio en México y Venezuela, habló de la diversidad geográfica que Francisco había tejido en el Colegio Cardenalicio y, como quien describe una obra de arte que sólo puede apreciarse desde lejos, Sandri resumió la globalidad del colegio: “Desde Tonga con las islas del Pacífico hasta las estepas de Mongolia, desde la antigua Persia con Teherán hasta Jerusalén”. El asombro en su voz no era retórico. Era el gesto genuino de quien ha vivido suficientes cónclaves como para saber que el que estábamos viviendo no se parecía a ningún otro.

Habló también del Jubileo del 2033, los dos mil años de la Redención, y de Francisco como el pontífice que proyectó ese sueño con la claridad de quien sabe que no llegará a verlo cumplido pero planta el árbol de todas formas: “Esperamos proclamar desde el Santo Sepulcro, junto a todos los bautizados: ¡El Señor ha resucitado!”, citó Sandri. Era una frase de futuro pronunciada en un espacio de duelo. Eso también es la Iglesia.

En esos días los periodistas revisábamos constantemente nuestros datos: 133 cardenales electores, provenientes de 71 países, de los cinco continentes. Cincuenta y tres europeos, treinta y siete americanos, veintitrés asiáticos, dieciocho africanos, cuatro de las islas oceánicas. El cardenal elector más joven tenía 45 años y, en teoría, tendría derecho de participar en cónclaves hasta 2060. El purpurado más veterano, 79; con un par de días que se hubiera diferido en Cónclave, habría quedado fuera. Y luego estaban los doce cardenales originarios de naciones que por primera vez en la historia estarían eligiendo a un pontífice: Haití, Cabo Verde, República Centroafricana, Papúa Nueva Guinea, Malasia, Suecia, Luxemburgo, Timor Oriental, Singapur, Paraguay, Sudán del Sur y Serbia.

Ningún organismo internacional tiene este grado de representación real. En la ONU, los países poderosos tienen veto. En la Unión Europea, las decisiones comunitarias con frecuencia quedan en recomendaciones que nadie respeta. En la Capilla Sixtina, en cambio, el voto del cardenal de Tonga pesa exactamente lo mismo que el del cardenal de Washington, el de Juba o el de

Nápoles. Es un mecanismo medieval que, paradójicamente, produce una de las decisiones más democráticas y genuinamente globales del siglo XXI.

Así, entre líneas y silencios, a la mitad de la semana ya se dibujan el perfil del próximo sucesor de Pedro: un líder capaz de escuchar con misericordia, hablar con claridad y actuar con firmeza, y con fortaleza física, no necesariamente joven, pero que idealmente pudiera internarse sin dificultades en el Jubileo de la Redención. Pero también se deslizaban en la prensa las voces de los cardenales a través de sus especialistas: Se necesita un Papa con experiencia probada, capacidad de gobierno y afabilidad.

Si lo pensaba uno con detenimiento, era imposible que dijeran algo distinto.

Ecós del meme incómodo

En medio de todo, un hecho anómalo irrumpió en la conversación eclesiástica, un acto que ningún análisis político habría podido preveer y que sacudió los

corredores vaticanos con una violencia simbólica desproporcionada: la Casa Blanca publicó en sus redes sociales oficiales una imagen del presidente Donald Trump vestido de pontífice, con sotana, mitra y crucifijo pectoral. El propio mandatario norteamericano ‘bromeó’ asegurando que él no haría mal papel en el puesto.

El meme circuló en las horas previas al Cónclave con la velocidad y la brutalidad de las cosas que no tienen freno. En los pasillos de la Nueva Aula del Sínodo, donde los cardenales todavía sostenían sus últimas conversaciones antes del encierro, el episodio fue recibido de maneras que iban del estupor a la indignación, pasando por un silencio incómodo que era peor que las dos cosas juntas.

El cardenal Dolan de Nueva York dijo con diplomacia anglosajona que Trump "no había estado bien" y que había hecho la *brutta* figura. Otros cardenales norteamericanos guardaron un silencio que era elocuente precisamente por su hermetismo. Y varios purpurados de otras regiones del mundo, que no tienen por qué moderar sus palabras respecto al presidente de los Estados Unidos, fueron categóricos: el acto había

sido un gesto de desprecio y escarnio a la identidad católica.

Lo que el episodio desnudó no era nuevo, pero nunca había sido tan gráfico: hay sectores que quieren un Papa que "parezca" poderoso, mayestático, principesco; que legitime con su investidura simbólica las aspiraciones de los poderosos. Francisco pasó doce años resistiendo exactamente eso. Y ahora, en la víspera de elegir a su sucesor, la provocación llegaba directamente desde el hombre más poderoso del planeta.

—¿Habrá un posicionamiento oficial de respuesta desde la Santa Sede? —preguntaban con insistencia los periodistas más noveles. Los viejos vaticanistas, sin embargo, sabían que no; porque la sede pontificia precisamente permanecía vacante y este tema requería una dimensión diplomática y política. El vocero Matteo Bruni declinó responder al episodio.

“Para la mayoría de los cardenales —me confió un sacerdote exoficial de dicasterio romano que no tenía que jurar silencio—, el meme había lastimado varios de los consensos alcanzados en las Congregaciones Generales”. Que había virado conversaciones. Que había

recordado a ciertos purpurados, de forma dolorosa, por qué el próximo pontificado no podía darse el lujo de parecer tímido ante el poder.

Para el Cónclave, me dijo con una frase que anoté de inmediato, “el problema no es que Trump quiera parecerse al Papa; pero que el Papa parezca Trump. Eso sí sería absolutamente devastador”.

Cuenta regresiva

Con la fecha confirmada del inicio del Cónclave, todo se volvió una “cuenta regresiva” y, el bullicio incómodo retornó a Roma con un nuevo grupo de periodistas cuyos medios no querían perderse la elección del pontífice.

La sexta misa en memoria de Francisco la presidió el cardenal argentino Víctor Manuel Fernández, aliado y amigo del pontífice, su servicio al frente del Dicasterio para la Doctrina de la Fe despertó intensas polémicas en el círculo rojo eclesiástico. Nadie dudó nunca de llamarlo uno de los “hombres cercanos de Francisco”. Admirado por unos como ‘progresista’,

Fernández es directamente acusado de ‘heresiarca’ por sus detractores; todo, en el interior de la Iglesia. Por ello había interés en su homilía y, lógicamente, para los periodistas no defraudó.

La homilía se centró en la dignidad del trabajo y en la memoria de Bergoglio; pero deslizó un mensaje que algunos interpretaron como un signo necesario: “Siempre fue un misterio para mí cómo [Francisco] podía tolerar, a pesar de ser un hombre mayor con varias enfermedades, un ritmo de trabajo tan exigente. No sólo trabajaba por la mañana con diversas reuniones, audiencias, celebraciones y concentraciones, sino también durante toda la tarde. Y me pareció verdaderamente heroico que con las pocas fuerzas que tenía en sus últimos días se hiciera lo suficientemente fuerte para visitar una prisión”.

—Con esto se han descartado a los cardenales más viejos —me intentó explicar un longevo corresponsal portugués y le pedí que desarrollara su idea.

—Sí. Están diciendo que se necesita un Papa fuerte para no disminuir el ritmo de trabajo de Bergoglio;

pero también a alguien que puede poner sus fuerzas en los gestos que importan –concluyó.

Le creí. Pero tal como podríamos creer en todo lo que decía al respecto en esas jornadas extenuantes. Sólo hablábamos de suposiciones.

La octava Congregación General, celebrada el 2 de mayo, fue una de las más concurridas en intervenciones: 25 cardenales pidieron la palabra, un número que los observadores veteranos interpretaron como señal de la intensidad del discernimiento interior. Fue también la sesión donde se abordó, por primera vez de manera frontal y central, el tema de los abusos sexuales dentro de la institución. El portavoz Matteo Bruni los describió como "heridas que deben mantenerse abiertas" para atenderlas de manera integral, y el énfasis colectivo fue en la transparencia y la responsabilidad institucional. No como retórica. Como exigencia al próximo pontificado.

Los cardenales reflexionaron en esa reunión sobre la continuidad entre los pontificados de Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, especialmente en torno a la liturgia, el Derecho Canónico y la sinodalidad.

También se debatió el papel de la Eucaristía como eje de la misión evangelizadora y la lucha contra el secularismo.

Tras el encuentro, el Vaticano confirmó la ausencia en el cónclave de dos electores: Antonio Cañizares Llovera (España) y John Njue (Kenia), ambos eméritos. Se informó que cuatro cardenales electores aún no habían llegado a Roma; y el portavoz Bruni desmintió rumores sobre una presunta afección en la salud del cardenal Pietro Parolin: “No hubo incidentes ni intervención médica”, informó a los medios.

En el ambiente había demasiada información para asimilar, costaba trabajo jerarquizarla y separar lo útil de lo banal. Oficiales y asesores vaticanos no se daban abasto de solicitudes de almuerzos, encuentros o cenas. De esas charlas lo mismo surgían conclusiones místicas y etéreas que políticas y pragmáticas. Para encontrar un poco de orden a tantas ideas, le solicité al cardenal Carlos Aguiar Retes, una entrevista.

El arzobispo de México accedió a recibirme en el Pontificio Colegio Mexicano. Mi intención era solicitarle una visión más atemperada de lo que ocurría dentro de

las Congregaciones. Le pregunté por el tema que se reiteraba en los corrillos de la prensa y los vaticanistas: la pluralidad y la diversidad de los cardenales. ¿Más cantidad y más diversas voces enriquecían el diálogo o sólo aumentaban el ruido y la confusión? ¿La extensión del colegio cardenalicio animaba a internarse en las complejidades de un mundo más amplio o, por el contrario, motivaba a recobrar una unidad más estrecha?

Aguiar Retes explicó su parecer con una claridad sin adornos: “Ante el decrecimiento que tenemos en Occidente, un terremoto del mundo católico, el Papa dijo: Bueno, si la Iglesia está creciendo en esos países y acá está disminuyendo, debemos aprovechar para unir fuerzas y que esto fortalezca la Iglesia universal... si bien en Occidente hay decrecimiento, en esas naciones hay semillas de un catolicismo pujante”.

Cuando le conté esto al corresponsal de Antena3 de España me dijo sin titubeos: “Ya te digo, el próximo Papa será de África o de Asia”.

Ese mismo día, algunos periodistas salieron de la sala de prensa para atestiguar desde la Plaza de San Pedro el momento en que se instaló en el techo de la

Capilla Sixtina la simbólica chimenea desde la cual saldría el humo blanco o negro durante el Cónclave. Quienes estuvieron allí relataron: “Por un momento, todos mirábamos en silencio hacia la Sixtina. Vimos trabajar a los operadores en el techo unos minutos, parecía que nadie quería hablar muy alto o moverse bruscamente; a la distancia respetábamos la labor”. La prensa fotografió las diligencias desde todos los ángulos posibles. Era el símbolo más antiguo del proceso más esperado, instalado con andamios modernos bajo la bóveda pintada con el relato bíblico de Buonarroti.

El séptimo Novendial lo presidió el cardenal Claudio Gugerotti, ex prefecto del Dicasterio para las Iglesias Orientales, y fue quizá el más poético de los nueve. Gugerotti habló del “grito de la vida vulnerada”, de la “devaluación de la vida” en el mundo contemporáneo, de los cristianos orientales obligados a abandonar sus tierras ancestrales. Citó a San Simeón el Nuevo Teólogo: “*Vieni, luce vera; vieni, vita eterna*”, y lo hizo con la convicción de quien reza y no de quien recita. Dijo que Francisco enseñó a “amar la diversidad y la riqueza de la expresión de todo lo humano” y que,

desde donde estuviera, “se alegra de vernos juntos en oración por él y por su intercesión”. Hay frases que en otro contexto sonarían a cliché, pero en ese momento rezumaban verdad.

La novena Congregación, celebrada el 3 de mayo, tuvo su momento más revelador no en el altar sino en la puerta de salida, donde el cardenal Gregorio Rosa Chávez, obispo auxiliar de San Salvador, se detuvo a hablar con unas religiosas y aceptó decirme una frase que resumía lo que llevaba días flotando en el ambiente vaticano: “Me ha sorprendido la diversidad de los cardenales, los rostros y voces tan distintas; algunos vienen de lugares que muchos no habíamos oído hablar. Es una riqueza tremenda la Iglesia en el mundo; creo que eso es algo muy importante que nos dejó el papa Francisco. Es impresionante y muy revelador”.

Lo dijo con pasmo genuino. El pasmo de quien ha vivido lo suficiente para reconocer algo extraordinario cuando lo ve¹⁰.

¹⁰ Gregorio Rosa Chávez (El Salvador, 1942); sacerdote cercano al histórico arzobispo de San Salvador, mártir y santo, Óscar Arnulfo Romero y Galdámez (1917-1980); nombrado obispo auxiliar en 1982 y designado como primer cardenal de El Salvador por el papa

El domingo 4 de mayo, los cardenales tuvieron un “tiempo fuera” para descansar de las actividades de las Congregaciones Generales; y, si así lo deseaban, ir a celebrar Misa dominical en los templos romanos de los que son titulares por llevar el birrete cardenalicio.

Algunos cardenales así lo hicieron, acudieron a la parroquia romana para celebrar a favor de la grey romana que se congrega en el templo de su comunidad o colonia. A mí me invitaron al templo de San Francesco A Ripa, donde el cardenal Norberto Rivera Carrera ha sido titular desde 1997. El histórico recinto se encuentra apenas a unos pasos del Río Tíber en el barrio de Trastévere y guarda reliquias de San Francisco de Asís

Francisco en 2017. A finales de los años ochenta fue acusado de ser ‘comunista’ y ‘sedicioso’ por denunciar los abusos del gobierno y por buscar justicia ante los asesinatos tanto de Romero como de seis jesuitas y dos mujeres (madre e hija) en 1989 conocidos como ‘Los Mártires de la UCA’. Crimen político cometido por el ejército salvadoreño para desarticular la universidad jesuita a la que consideraban como refugio de ‘sedición’ y ‘subversión’ antipatriota e inspirada por la Teología de la Liberación. Por su compromiso en la búsqueda de verdad y justicia, Rosa Chávez sufrió discriminación y persecución política y religiosa tanto fuera como dentro de la misma Iglesia católica durante décadas; fue, sin embargo, pieza clave en la mediación de pacificación y negociación entre el gobierno de El Salvador y el Frente Nacional Farabundo Martí.

porque fue el sitio que lo acogió durante su visita al Santo Padre en 1229: la celda, la piedra que le sirvió de almohada, fragmentos de primer grado y un naranjo que, se cuenta, fue plantado por el *poverello*. El párroco introdujo a la feligresía al singular momento; también en nombre de la comunidad, la coordinadora del Consejo Pastoral Parroquial dio la bienvenida al cardenal mexicano. El arzobispo emérito de México presidió la ceremonia y el experimentado sacerdote capitalino, servidor de la Santa Sede en el Dicasterio para la Familia, Guillermo Gutiérrez, predicó la homilía. Esa mañana, concelebraron seis sacerdotes en esa ceremonia dentro del llamado “Santuario de San Francisco en Roma”.

Rivera Carrera dirigió un mensaje a los fieles de San Francisco A Ripa en italiano: “Sobre todo quiero agradecer a nuestro párroco, Paulo. Mil gracias a él y a sus colaboradores. Yo tenía necesidad de venir con ustedes hoy por dos motivos. Primero, para estar con ustedes en este momento importante de la Iglesia que nos pide nuestra oración y que oremos juntos. Sí, rezar por el papa Francisco, para que nos bendiga a todos que

estamos aquí; porque él ya se encuentra en el Cielo y queremos que ruegue por nosotros porque está ya más cerca del Señor. Y, segundo, he querido también venir hasta aquí para pedirles su oración por el Cónclave. Es una decisión muy importante para la Iglesia. Elegir al obispo de Roma y al Sumo Pontífice... por ello, necesitamos unirnos a la oración de todo el orbe”.

El cardenal se quedó el resto de la tarde con la comunidad parroquial, con los sacerdotes y religiosas, con los laicos y miembros del Consejo Parroquial. Sabía que, al mismo tiempo, en el resto de las parroquias de Roma tendría que pasar algo semejante: los cardenales conviviendo con la grey romana porque, esencialmente, el Cónclave elige al obispo de Roma como recordaba Rivera.

En esas celebraciones dominicales se confirmaba una realidad que la Iglesia católica suele olvidar con frecuencia: Roma es una ciudad y es todas las ciudades al mismo tiempo, la comunión de la Iglesia se soporta en la Celebración Eucarística, en la Palabra, en el Magisterio y la Tradición; pero también en la estructura, en la sucesión apostólica, en la obediencia, en la unidad

y fidelidad. Un domingo es todos los domingos; y esa convicción necesita esparcirse para solicitar la invocación del Espíritu Santo y así asista al puñado de cardenales que elegirán al sucesor del apóstol Pedro, cabeza de la Iglesia.

Ese mismo domingo cerraron los Novendiales. La ceremonia la presidió en San Pedro el cardenal Dominique Mamberti, protodiácono del Colegio Cardenalicio, a diferencia de la benigna mañana, la tarde fue lluviosa y parecía haber esperado ese momento para llegar e inundar el aire de humedad.

Mamberti habló del diálogo entre Jesús resucitado y Pedro junto al mar de Tiberíades, de la triple pregunta “¿Me amas?”, de la fragilidad humana abrazada por la misericordia divina. Y luego dijo algo que ninguno de los presentes esperaba: que él había estado en la Logia de las bendiciones de la Basílica el Domingo de Pascua, pocas horas antes de la muerte del Papa. Que fue testigo de su sufrimiento. Pero “sobre todo de su valentía y de su determinación de servir al Pueblo de Dios hasta el final”.

La Basílica guardó un silencio sepulcral que, paradójicamente, no se sentía vacío sino lleno, pleno de esperanza.

Nueve días después de que Francisco murió, la Iglesia había hecho el duelo de la única manera que sabe hacerlo: rezando, debatiendo, discerniendo, mirando hacia adentro con la esperanza de encontrar ahí algo que sirva para mirar hacia afuera. Los cardenales tenían ya entre las manos el libro que el Colegio había compilado con los nombres, fotografías y resúmenes de vida de cada uno de sus miembros. Una especie de anuario del futuro.

El 5 de mayo, en la décima Congregación antes del Cónclave, 179 cardenales —132 electores, casi todos ya en Roma— volvieron a reunirse en la Nueva Aula del Sínodo. Veintiséis intervenciones. El perfil que el Colegio buscaba se había ido decantando en esos días como se decanta el vino: lentamente, con tiempo, y con toda la paciencia que requiere algo que tiene que durar: Un pastor cercano a la vida concreta de las personas. Un hombre capaz de acompañar a “una humanidad desorientada y marcada por la crisis del orden mundial”.

Alguien que no repliegue a la Iglesia sobre sí misma sino que la lleve —como Francisco pedía— hacia afuera.

Uno de los cardenales, en su intervención, señaló algo que los periodistas recogieron con cierta satisfacción: el enorme interés de los medios de comunicación de todo el mundo presentes en Roma era en sí mismo una señal. Dijo que ese interés de los medios refleja “que la noticia del Evangelio conserva su poder de significado incluso en el mundo actual”.

Me pregunté si tenía razón. Miré a mi alrededor: colegas de cinco continentes, cámaras apuntando a la chimenea de la Sixtina, peregrinos rezando frente a una tumba con una sola palabra inscrita. Creo que sí la tenía.

Con la última Congregación de cardenales concluyó el periodo de diálogo, escucha y reflexión sobre los desafíos que tiene la Iglesia católica y el perfil del Papa que se requiere en estos momentos. En esa sesión finalmente se notificó que fueron destruidos los signos del pontificado del papa Francisco, el anillo de pescador y su sello pontificio.

Así comenzaba el Cónclave.

IV. EL CÓNCLAVE

La noche previa al inicio del Cónclave, el canal de televisión italiano TV2000 enumeraba en pantalla la lista de los *papabili* con reiteración pedagógica. Los analistas los habían agrupado en tres bloques: los progresistas, los conservadores y los *outsiders*. Una hora antes, mientras compartía con unos colegas una pizza y una cerveza, también intercambiamos quinielas y pareceres. Durante largo tiempo categorizamos a los cardenales con taxonomías que, en el fondo, decían más sobre nosotros que sobre la Iglesia.

En ese punto, prácticamente todo había sido dicho ya. En las últimas Congregaciones se informó a los cardenales los resultados del sorteo realizado el domingo

por la tarde en el que el cardenal camarlengo resolvió la instalación de los purpurados en Casa Santa Marta y en la residencia adyacente “Santa Marta La Vieja”. Este asunto logístico fue tema para la prensa porque, como el número de cardenales electores era mayor del estipulado, el albergue para el encierro de los mismos requería adecuaciones. Por lo tanto, se invitó a los cardenales electores (sólo los menores a 80 años) a que se trasladaran desde la mañana del martes por la mañana a los departamentos asignados. También se confirmó que todos los cardenales electores se encontraban presentes en Roma.

Esa noche también ofrecí un último despacho periodístico en clave futura y hasta hipotética:

“Roma murmura a pesar del silencio autoimpuesto de los cardenales ante el cónclave [...] Según se comenta en estos días, estamos frente a dos posibles escenarios: Un cónclave breve y casi burocrático –algunos dicen *prestissimo*– en el que la mayoría de los cardenales, en razón de su novel participación y

su variopinta procedencia, confiarán en simplificar la elección para favorecer a los purpurados que en primera instancia resulten con más votos. O un cónclave tortuoso, largo y difícil, justamente por la pluralidad de pensamientos y pareceres de los cardenales ante una decisión que los ubicaría en las antípodas del tipo de ministerio petrino que se requiere”.

También compartí una respuesta frente al debate sobre si los cardenales iban a elegir a un Papa ‘conservador’ o ‘progresista’:

“Hay un falso debate en ese sentido. En el fondo la Iglesia tiene una dimensión de salvación ulterior que navega fuera de la razón y la lógica. Yo creo que los cardenales querrán elegir a un Papa que enfrente la geopolítica del caos. El mundo se ha fracturado tanto política como económicamente; y la realidad de una nueva era cultural obliga a una reintegración del faro moral de la Iglesia católica en las dinámicas

diplomáticas y de cooperación internacional. Irán por un Papa que gobierne la sinodalidad eclesial; pues si bien Francisco impulsó una Iglesia en salida, horizontal y audaz, el modelo colisiona contra un gigantesco edificio teológico-canónico y un imbatible aparato regulador, ahí el nuevo pontífice deberá indicar el sitio donde se confirma la unidad de una Iglesia diversa; y creo que elegirán un Papa que reimagine el sentido de la misión desde la experiencia de las comunidades cristianas minorizadas, con expresiones y devociones sumamente comprimidas; que lucen como pequeñas semillas a punto de explotar en algunas localidades, sobre todo en Asia y África”.

Y esa noche, larga larga noche, habría podido decir mucho más, pero todo sería igualmente especulativo.

Extra omnes

El 7 de mayo amaneció con ese sol limpio y puntual que Roma regala en primavera como si supiera que hay cámaras. La Basílica de San Pedro recibió una marea de obispos, sacerdotes y fieles que hicieron largas filas desde antes del alba para participar de la Misa Pro Eligendo Pontifice, el último acto litúrgico bajo el escrutinio del ojo público antes de que las puertas de la Sixtina se cerrasen al mundo.

La ceremonia la presidió el cardenal decano Giovanni Battista Re, que a sus noventa y un años carga con la voz y la autoridad de quien ha visto demasiado para dejarse impresionar casi por nada. Y sin embargo esa mañana sí que parecía impresionado: “Rezar es la única actitud justa y necesaria”, dijo en especial a los cardenales electores que por primera vez iban a participar de un Cónclave, jóvenes purpurados de Tonga, Mongolia o Haití, que miraban la bóveda de la Basílica con la misma mezcla de vértigo y fe con que uno mira algo que supera la imaginación previa.

El cardenal Re les recordó que su voto sería “un acto de máxima responsabilidad humana y eclesial” y que debían “abandonar cualquier consideración personal”. Y luego pronunció la frase que los informativos reprodujeron incesantemente durante horas: “Recemos para que Dios conceda a la Iglesia el Papa que mejor sepa despertar las conciencias de todos y las fuerzas morales y espirituales en la sociedad actual, caracterizada por un gran progreso tecnológico, pero que tiende a olvidarse de Dios”.

Las lecturas de la celebración se proclamaron en inglés, español y latín. Las oraciones de los fieles, en francés, swahili, portugués, malayo, chino y alemán. Siete idiomas para una sola intención. Eso también es la Iglesia.

En la celebración alcancé a distinguir a obispos y arzobispos de varias partes del mundo, presidentes de episcopados, monseñores que no querían perderse el momento. Uno de ellos me confió al final: “Estoy aquí para mostrar la unidad de la Iglesia”. No hacía falta, pero igual habrían pensado que no había mucho qué hacer en sus naciones.

Por la tarde, después del almuerzo, los cardenales electores aparecieron directamente en las pantallas de la transmisión vaticana, se realizaba la procesión hacia la Capilla Sixtina entonando la Letanía de los Santos y flanqueados por la Guardia Suiza.

Cruzaron la Capilla Paulina en procesión solemne y entraron en la Sixtina. Caminaron sobre la plataforma de tela beige instalada para no dañar el pavimento del siglo XV.

Los purpurados fueron tomando sus sitiales a los costados del recinto; y se sentaron en las sillas de cerezo frente a sus identificadores. Al finalizar la invocación a los santos, se realizó el canto *Veni, Creator Spiritus* con el que se solicita asistencia del Espíritu Santo para elegir con sabiduría y claridad.

En nombre del colegio de electores, el cardenal Pietro Parolin presidió la juramentación solemne e íntegra. Se resume en que todos y cada unos de los electores deben observar fiel y escrupulosamente todas las prescripciones contenidas para el caso en la constitución apostólica *Universi Domini Gregis* de Juan

Pablo II (1996) y las modificaciones introducidas por Benedicto XVI con un Motu Proprio del 2013.

El juramento incluye la aceptación irrestricta de aquel que salga electo para asumir fielmente el *modus petrinum*, es decir, la actitud del sucesor de Pedro como defensor de los derechos espirituales y temporales y la libertad de la Santa Sede. Y finalmente, ese juramento también involucra guardar el secreto de todo lo que ocurra en la elección y los escrutinios. El pacto de silencio no puede violarse ni durante ni después de la elección; y sólo el propio pontífice electo puede autorizar la revelación de algún aspecto a alguno de los cardenales presentes.

Estos primeros minutos fueron transmitidos por la señal de televisión y la sociedad siguió con expectación esos momentos, en especial la pronunciación del juramento con el que, de forma breve, cada cardenal se compromete con nombre y apellido a cumplir con fidelidad las normas del proceso electivo y en elegir al candidato más digno, guiados por el amor a la Iglesia.

Los cardenales realizaron ese juramento en orden a su nombramiento: primero los cardenales del orden de los obispos, luego los cardenales presbíteros, y finalmente los cardenales diáconos; así mismo, el orden correspondió a su antigüedad en el Colegio. Uno a uno, con la mano diestra sobre los Evangelios y bajo la mirada de siglos de tradición pronunciaron en latín: “*Et ego ... cardinalis... spondeo, voveo ac iuro. Sic me Deus adiuvet et haec Santa Dei Evangelia, quae manu mea tango*” (Y yo [nombre] cardenal [apellido], prometo, me obligo y juro. Así Dios me ayude y estos Santos Evangelios que toco con mi mano).

La transmisión permitió escudriñar los rostros de los purpurados, su confianza en la pronunciación del latín y las manos con los míticos anillos cardenalicios. La mayoría portaba el *anello* cuadrangular de oro con escenas bíblicas o motivos religiosos; pero el cardenal Raymond Burke (EU) destacó por llevar una piedra amatista púrpura regia; los cardenales Francesco Montenegro (Italia), Soane Patita Mafi (Tonga), Cristóbal López Romero (Marruecos), Ángel Sixto Rossi (Argentina), Vicente Bokalic (Argentina), Baldasare

Reina (Italia) y Konrad Krajewski (Polonia) optaron por portar un anillo de plata; los cardenales Désiré Tsarahazana (Madagascar) y Thomas Aquino Manyo Maeda (Japón) olvidaron poner la mano sobre los Evangelios; y finalmente el cardenal Sebastián Francis (Malasia) no llevaba el anillo episcopal.

Al final de los 133 juramentos, el maestro de las celebraciones litúrgicas, Diego Ravelli, pronunció las dos palabras del vocabulario vaticano que en esos días todo mundo había aprendido del latín: *Extra omnes*. Fuera todos.

De inmediato salieron los clérigos curiales, el coro de infantes, el personal de servicio, las cámaras, fotógrafos y microfonistas, los ministros de apoyo; sólo quedaron dentro los cardenales electores y el personal mínimo de apoyo para el proceso de la primera votación en esa tarde del 7 de mayo.

Las puertas se cerraron. El mundo quedó afuera. Bajo llave (cónclave, *cum chiave*) los cardenales escucharon la meditación espiritual del cardenal emérito Raniero Cantalamessa, el predicador franciscano que lleva décadas siendo la voz interior de la Curia Romana.

Y debajo del Juicio Final de Miguel Ángel, ese centenar de hombres comenzó a deliberar sobre el futuro de la Iglesia.

La Capilla Sixtina

Algunos días antes, una vez que concluyeron las adecuaciones a la Capilla Sixtina para la realización del cónclave, la directora de los museos vaticanos, Barbara Jatta, presentó esta joya del Renacimiento y símbolo espiritual de la cristiandad a los cardenales reunidos en la víspera del *Extra omnes* con el que iniciarán las votaciones por el próximo Sumo Pontífice.

La Capilla Sixtina es un espacio sagrado, donde convergen arte, teología e historia y es el escenario de un ritual milenario marcado por protocolos estrictos y una carga simbólica sin igual.

La Sixtina, inaugurada en 1483 bajo el pontificado de Sixto IV, es mucho más que la obra cumbre de Miguel Ángel. Sus paredes laterales, decoradas por maestros como Botticelli, Perugino y

Ghirlandaio entre 1481 y 1483, narran episodios del Antiguo y Nuevo Testamento, creando una ‘Biblia visual’ que fusiona el genio humano con lo divino. La restauración de finales del siglo XX devolvió el esplendor original a estos frescos, revelando colores vivos y detalles ocultos durante siglos bajo capas de polvo y humo.

La bóveda, obra de Miguel Ángel entre 1508 y 1512, despliega nueve escenas del Génesis, con la icónica Creación de Adán como eje. El ‘Juicio Final’, pintado entre 1536 y 1541 en el altar mayor, cautiva por su dramatismo: un torbellino de figuras que evocan la Parusía (la segunda venida de Cristo) y que, según relatos históricos, conmovió hasta las lágrimas al papa Paulo III.

Jatta confirmaba que los sitios ya estaban listos, reiteraba el cuidado que se había puesto en especial en el piso para que los cardenales pudieran estar durante largas jornadas que podría tener el cónclave. Las votaciones, se confirmó, podrían ser hasta cuatro diarias después del primer día, y requerirán una mayoría cualificada de dos tercios del Colegio de Cardenales. Si

tras 33 o 34 escrutinios no hubiere consenso (es decir una semana entera), se procedería a un balotaje entre los dos candidatos más votados.

Como marca la tradición desde 1939, una estufa de hierro fundido en la capilla quemará las papeletas tras cada votación. La fumata blanca —lograda con la quema de paja húmeda y resina arbórea— anuncia la elección del papa, mientras que la negra indica la falta de acuerdo. En 2005 se incorporó un sistema auxiliar de fumógenos para mayor visibilidad, junto a una chimenea precalentada eléctricamente.

El protocolo indica que una vez electo, el nuevo pontífice se retirará a la *stanza delle lacrime* (sala de las lágrimas), en la sacristía, para vestir los hábitos papales. Su primera aparición será desde la Loggia de las Bendiciones de San Pedro, precedida por el anuncio *Habemus Papam* del cardenal protodiácono.

Aunque cada año, la Capilla Sixtina recibe a millones de turistas y visitantes, es evidente que no solo es un ícono cultural: es un testimonio vivo de fe, arte y resiliencia. Los constantes monitoreos de los Museos Vaticanos aseguran su preservación, permitiendo que

siga inspirando a generaciones futuras. Así, pensamos mientras Jatta concluye su explicación y mientras los cardenales estaban a punto de deliberar bajo sus frescos, el mundo entero quizá podría recordar que, en este espacio sagrado, lo humano y lo divino se entrelazan desde hace más de cinco siglos.

La chimenea y el humo

El primer signo que se emitió desde el Cónclave hacia el mundo fue una columna de humo negro. Como era de esperarse, la primera votación no alcanzó el consenso de todo el colegio cardenalicio. Adentro, se sabía cómo había sido todo el protocolo hasta la quema de las papeletas. Lo que veíamos ese 7 de mayo al caer la noche en la chimenea de la Sixtina era la conclusión de un proceso. Solo ellos sabían cómo se habían repartido los votos, quiénes de los cardenales habían destacado en el primer saque. Los purpurados saldrían de la capilla para tomar una merienda y llevarse a la cama los pensamientos y oraciones necesarias para su

discernimiento. Al día siguiente, vendrían más votaciones.

Al finalizar las transmisiones de esa noche en las que compilamos la información de la Misa matutina, el ingreso de los cardenales a la Sixtina, el largo y simbólico momento de juramentación, el extra omnes y la primera señal de humo negra, tuvimos oportunidad algunos amigos de recibir la madrugada con reflexiones más profundas: “¿Por qué no se ha cambiado el método para avisar los resultados de la elección pontificia?”, preguntó uno.

Yo creo que hay pocas cosas en el mundo de la comunicación contemporánea tan paradójicas como la *fumata* del Cónclave. En una época de inteligencia artificial, de transmisiones en tiempo real, de notificaciones instantáneas y algoritmos que anticipan el pensamiento, miles de millones de personas se mantienen expectantes al resultado de una columna de humo expulsada por una estufa de hierro fundido a través de una chimenea instalada en el techo de una capilla del siglo XV.

El anuncio público de las papeletas quemadas se remonta al siglo XVIII. La fumata blanca se introdujo hace apenas cien años. El sistema para distinguir con claridad el blanco del negro se perfeccionó hace medio siglo. Es decir, la herramienta es antigua pero la intencionalidad del mensaje es sorprendentemente moderna.

Lo que hace que el humo signifique algo —que cause esa sacudida colectiva reconocible en cualquier idioma y en cualquier cultura— no es la chimenea sino todo lo que la rodea: el silencio de los cardenales encerrados, el peso de dos mil años de historia, la carga simbólica de la Sixtina, la espera de los fieles en la plaza, la tensión de los periodistas con los auriculares puestos, los peregrinos sosteniendo velas o teléfonos según la generación. Sin ese contexto, la fumata es solo humo. Con él, es uno de los actos comunicativos más potentes que produce la humanidad contemporánea.

La tarde del 7 de mayo, más de cuarenta mil personas en la Plaza no dejábamos de mirar la pequeña chimenea, impensable la cantidad de gente que lo veía a través de los medios. Casi cuatro horas después de

iniciado el Cónclave, el hilo grisáceo que apareció se tornó oscuro. Humo negro. Primer escrutinio sin acuerdo. El clamor de la plaza fue de alivio y pesar mezclados, la reacción de quien sabía que esto era lo esperable pero que necesitaba verlo con sus ojos para creerlo. “Todavía no”, dijo el humo.

La mañana del 8 de mayo se repitió el ritual con puntualidad casi litúrgica. A las 11:51 de Roma, ocho minutos antes del mediodía, el cielo sobre la Sixtina volvió a oscurecerse. Segunda fumata negra. Las dos votaciones de la mañana habían concluido sin que ningún cardenal alcanzara los 89 votos necesarios —los dos tercios del total de 133 electores— para ser proclamado pontífice.

En la plaza, un pequeño brote de humo blanco que duró varios segundos antes de oscurecerse definitivamente provocó un momento de confusión colectiva. Los más jóvenes gritaron. Los veteranos de otros cónclaves los calmaron con paciencia: eran los residuos de la incineración de la tarde anterior, nada más. Los mecanismos de la Sixtina, con toda su carga

simbólica, son al final también mecanismos, y los mecanismos tienen sus imperfecciones.

Los periodistas, entretanto, construían hipótesis. El retraso de la primera fumata la noche anterior había alimentado teorías: votos nulos que debieron repetirse, una emergencia médica, una falla técnica, una segunda votación no prevista. Nadie excepto los cardenales y el puñado de auxiliares bajo juramento sabía lo que realmente ocurría dentro. Y esa opacidad, que en cualquier otro contexto institucional del siglo XXI resultaría escandalosa, en el Cónclave es precisamente lo que le confiere su gravedad y su autoridad. El secreto no es arbitrario: es la condición que permite la libertad.

Los cardenales salieron a almorzar. Volvieron a entrar. Las puertas de la Sixtina se cerraron de nuevo bajo el Juicio Final.

Fui al Borgo Pío para también comer algo; me encontré con unos colegas argentinos que estaban emocionados y entusiasmados por vivir esa experiencia.

—¿Será largo el cónclave?

—Tan largo como deba ser —respondió un veterano.

—Si tarda varios días, tendremos que extender nuestra estancia.

—Y si al rato sale [electo], mañana quedas libre —pronosticó el capo.

Habemus Papam

Hacia las 5:30 de la tarde, el sol romano aún no daba clemencia sobre la Plaza de San Pedro. Detrás de la cúpula de la Basílica y aún oblicuo sobre el horizonte, el astro lucía impertérrito en un claro y despejado cielo azul. La gente comenzaba a llegar con discreción pero constantemente.

Notoriamente se congregaba mucha más gente que en la mañana de ese día: ahora se veían trabajadores después de su jornada laboral, familias y estudiantes al final de las clases, turistas, peregrinos, informadores... la gente quería estar ahí y los medios habíamos intentado aclarar lo que estábamos claramente esperando.

Esa tarde se realizarían, en principio, dos votaciones más. Si ambas tenían un resultado negativo, la fumata negra se haría hasta el final de los dos procesos pasando las 8 de la noche aproximadamente. En caso contrario, la fumata blanca podría salir antes, si la cuarta votación fuera exitosa o también pasando las 8 de la noche. En la sala de prensa, los encargados nos advertían: “Pase lo que pase, este recinto cierra a las 21 horas”.

Pero el humo blanco salió a las 6:07 de la tarde.

La plaza y la Vía della Conciliazione estallaron en júbilo, la gente corría para acercarse a la Basílica, reía, aplaudía, algunos cantaban incluso. La alegría se sostuvo durante largos minutos. Como pudimos informamos a nuestras redacciones que la Iglesia católica tenía ya pontífice, el 267 Papa de la historia y que, en cuestión de minutos sería presentado al mundo.

Precisamente, veinte minutos después, mientras la Plaza y las zonas aledañas a San Pedro se colmaban de gente que venía de todas partes de Roma, el cardenal Dominique Mamberti —el mismo que había cerrado los Novendiales con el recuerdo del último Domingo de

Pascua de Francisco— apareció en el balcón con la fórmula latina que no ha cambiado en siglos: *Annuntio vobis gaudium magnum: Habemus Papam*. El nombre que siguió no figuraba necesariamente en la mente de los analistas y expertos: Robert Francis Prevost. Agustino. Nacido en Chicago en 1955. Obispo en Chiclayo, Perú. Cardenal prefecto del Dicasterio para los Obispos. Nacionalidad doble: norteamericano y peruano. Norte y sur. Centro y periferia. Eligió como nombre León XIV.

Prevost aparecía en algunas previsiones como un *outsider* —el contendiente del que no se espera el triunfo— y resultó ser precisamente lo que 133 hombres de 71 países, después de cuatro escrutinios, consideraron necesario: no un perfil que venciera sobre otro perfil antagónico, sino uno que tendiera hacia la unidad. Un hombre que ha sido puente entre realidades geográficas e ideológicas, un misionero con experiencia curial, un pastor que dice con recurrencia al pueblo creyente: “No olvidemos las acciones de Jesús”.

Salió al balcón con la muceta —ese detalle que los vaticanistas registraron de inmediato y que mandó una señal de mansedumbre a las formas— y habló en

italiano, en español, en inglés. Sus primeras palabras fueron de las más antiguas del repertorio cristiano y al mismo tiempo las más urgentes para el momento que se vivía: “La paz esté con todos ustedes”.

Y luego, con esa serenidad que en los meses siguientes se convertiría en su marca más reconocible, añadió: “Sin miedo, unidos, tomados de la mano con Dios y entre nosotros sigamos adelante. Ayúdenos también ustedes, luego ayúdense unos a otros a construir puentes, con el diálogo, con el encuentro, uniéndonos todos para ser un solo pueblo siempre en paz”.

Recordé entonces al cardenal Sandri hablando de Tonga y Mongolia con asombro genuino. Recordé a Reina advirtiendo contra las venganzas y las alianzas de poder. Recordé a Parolin hablando de orfandad ante los jóvenes del Jubileo. Recordé el aguacero de la tercera jornada de Novendiales. Recordé la chimenea instalada bajo la bóveda de Miguel Ángel con andamios modernos. Recordé los cuarenta pobres con rosas blancas en la escalinata de Santa María la Mayor.

Y recordé a san Agustín, cuya frase Prevost llevaba en su lema episcopal desde siempre: *In Illo unum*. “En aquél que es uno, somos uno”.

Roma no cabía en sí misma. Las campanas de todos los templos sonaban al unísono, como habían sonado el 26 de abril para despedir a Francisco, pero ahora con otra urgencia, con otro registro. No el bronce grave del duelo sino el vuelo abierto de algo que comienza.

El 267 sucesor de San Pedro había sido elegido en dos días y cuatro escrutinios. El Cónclave más global de la historia había dado un Papa que era, simultáneamente, de todas partes y de ninguna en particular. Un hombre que, como el humo blanco que anunció su elección, tardó unos segundos en definirse ante el mundo pero que, una vez definido, no dejó lugar a dudas.

CRÓNICAS DESDE ROMA

V. LEÓN XIV P.P.

Hubo un momento, justo después del humo blanco, en que Roma dejó de ser una ciudad y se convirtió en una estancia más pequeña. No sé bien en qué. En una plaza pueblerina pero cosmopolita, saturada aunque dinámica, festiva e incauta, cuyos habitantes parecen haber olvidado por un momento las precariedades e injusticias de la vida. La ciudad se sintió como una sola nave sin paredes; no sé si le llamaría ‘unidad’; pero, por un instante parecía que ninguno de los que estábamos allí sentía miedo o desconfianza.

En los días que siguieron a la elección de Robert Francis Prevost como León XIV, por el contrario, sentí esa transformación urbana ir lentamente en sentido

contrario: poco a poco, la realidad se imponía, las noticias volvían a su lógica de drama y horror, de temor e incertidumbre. Los dramas humanos ahí seguían, aguardándonos. Como reportero del fenómeno sociorreligioso sé que, por momentos, la emoción de la fe libera plenamente; y que, cuando el cauce de la vida retorna a la cotidianidad, creyentes y no creyentes vuelven a enfrentarse a los desafíos de la vida, con mayor o menor dosis de esperanza, de confianza o de caridad.

—¿Qué nos puedes decir del nuevo Papa? —nos preguntaban a los especialistas en los enlaces televisivos y radiofónicos.

Lo único que podía decir entonces era que el nuevo Papa tenía 69 años, tenía una doble nacionalidad que nadie había visto antes en el solio pontificio, que venía de una orden religiosa que lleva quince siglos pensando en la unidad y que había elegido un nombre que recogía de la estupefacción en las transformaciones sociales, tecnológicas y culturales del siglo XIX las fuerzas para de las vertiginosas transformaciones sociales, tecnológicas y culturales del siglo XXI.

Además de recibir la responsabilidad de “*Pontifex Maximus*” (máximo constructor de puentes), el nuevo Papa era un puente en sí mismo: entre las ancestrales órdenes religiosas y la moderna burocracia episcopal; entre el norte y el sur global, entre la cúspide del centroide metropolitano y las olvidadas periferias marginales, entre la misión y la institucionalización.

Todo en Robert Prevost parecía más proceso que culminación. Y todo en él me parecía, una pregunta abierta que Roma comenzó a formularse desde el mismo instante en que Mamberti pronunció su nombre desde el balcón.

Paz y unidad: su primer saludo

Las primeras palabras de un Papa importan de una manera que ningún otro discurso político o institucional puede replicar. No porque sean necesariamente profundas —a veces no lo son— sino porque llegan en el momento exacto en que el mundo ha detenido el aliento y cualquier cosa que se diga cae sobre un silencio

absoluto, sin competencia ni ruido. León XIV eligió un puñado de palabras para comenzar: “La paz sea con ustedes”.

En las manos, el Papa llevaba el testimonio de la breve pero disciplinada preparación que Prevost tuvo antes de salir al mundo como León XIV. Eligió decir aquello que el Cristo resucitado exclamó al entrar por las puertas cerradas del Cenáculo donde sus discípulos se escondían del miedo.

Pero elegir esa frase, en ese balcón, ante esa plaza, dos semanas después de la muerte de Francisco y en medio de una guerra que lleva años siendo llamada "tercera guerra mundial a pedazos", la frase no se sintió como una mera repetición sino como un programa. De hecho, entre haber recibido los votos del Colegio de Cardenales, la sala de las lágrimas, la *fumata bianca* y el anuncio desde el balcón, Prevost organizó en algunas líneas su discurso antes de su primera bendición apostólica *Urbi et Orbi*¹¹.

¹¹ Primeras palabras del Papa León XIV, sumo pontífice de la Iglesia católica
<https://vcnoticias.com/index.php/santasede/2961-primeras-palabras-del-papa-leon-xiv-sumo-pontifice-de-la-iglesia-catolica>

En su presentación dijo que era agustino. Y citó a San Agustín —ese pastor norafricano del siglo IV, santo, padre y doctor de la Iglesia, que sigue siendo uno de los pensadores más fecundos y más citados del mundo occidental— con una frase que cualquier seminarista conoce pero que en boca de un nuevo Papa sonaba de otra manera: “Con ustedes soy cristiano y para ustedes soy obispo”. Es decir: primero el bautismo, luego el cargo. Primero la comunidad, luego la autoridad. Primero el destino, luego el camino.

Y después, de manera que sorprendió incluso a los corresponsales latinoamericanos apostados frente al balcón, saludó en español a su pequeña diócesis de Chiclayo. No a México, no a Brasil, no a Argentina —los gigantes católicos del continente— sino a Chiclayo, Perú. Una ciudad de provincias en el norte del país, a 770 kilómetros de Lima, donde había sido obispo durante años, aprendido a hablar en otro idioma, asumido otra nacionalidad, enterrado a sus muertos y bautizado a sus vivos; pero sobre todo, confirmando en la fe a sus hermanos.

Mientras hablaba, algunos periodistas estadounidenses (la inmensa mayoría de los enviados), susurraban en espera de que dijera algo no sólo en inglés (su lengua natal) sino en específico para su patria, Estados Unidos; un mensaje para el sitio donde creció como cualquier chico de la posguerra en una ciudad que abrazaba el jazz, el rock&roll y la televisión en vivo; y donde él escuchó el llamado vocacional.

Conviene detenerse aquí porque la elección de un Papa de origen estadounidense —el primero en la historia de la Iglesia— no es un dato menor y sería deshonesto tratarlo como si lo fuera.

Desde hace décadas circulaba entre obispos y cardenales un comentario que era simultáneamente jocoso y muy serio: que la ONU y la Iglesia católica nunca tendrían un líder de origen norteamericano, porque ambas instituciones funcionan en parte como contrapeso a los poderes omnímodos del mundo y ese contrapeso perdería credibilidad con un ciudadano del país más poderoso del planeta como titular. Era una lógica imperfecta pero no irracional.

De Prevost, sin embargo, se decía en los murmullos previos al Cónclave algo que lo distinguía de sus colegas purpurados con pasaporte estadounidense: que era "el menos gringo de los gringos." En esa frase —dicha a media voz en los pasillos de la Nueva Aula del Sínodo— no estaba solo la referencia a sus años en Perú o a su corazón latinoamericano, como insistía la prensa del sur global.

Estaba también una inquietud más profunda: el temor de que el papado, después de Francisco y su radical reivindicación de las periferias, cayera en manos de alguien que representara la visión de los privilegiados, la comodidad de quien no se ha visto obligado a aprender otro idioma, a entender otra moneda, a dejarse vulnerar por otra cultura.

Prevost había hecho exactamente eso. Había tomado un vuelo hacia el norte del Perú en los años noventa y no había regresado hasta que la misión lo exigió. Había aprendido el español no en una academia sino en las periferias de los Andes. Había asumido la nacionalidad peruana en 2015, no como gesto simbólico

sino como consecuencia lógica de haber asumido ahí una parte de sí mismo.

Y quizá también —aunque esto es más difícil de demostrar y más fácil de sentir— había algo en la propia decadencia del sueño americano que hacía posible lo que antes era impensable. Los Estados Unidos ya no son el idílico imperio que fueron. Basta ver la parroquia suburbana de Chicago donde Robert Prevost encontró su vocación: una marginalidad que conoció mejores glorias y que, sin darse cuenta, se ha ido hermanado a las periferias del mundo que él mismo eligió servir.

El primer Papa estadounidense de la historia no llegó desde las torres de cristal de los rascacielos del New East Side sino desde el Cercado de Chiclayo.

La amistad como compromiso misionero

La primera Misa de León XIV como Romano Pontífice la celebró en la Capilla Sixtina, ante los mismos cardenales que lo habían elegido. Era el espacio más cargado de simbolismo posible: las paredes pintadas por

Botticelli y Perugino, la bóveda de Miguel Ángel desplegando la Génesis sobre sus cabezas, y el Juicio Final —ese torbellino de cuerpos— presidiendo el altar desde el que el nuevo pontífice habló por primera vez como pastor universal.

León XIV no eligió hablar desde la gloria, ni de los triunfos ingenuos, ni siquiera del futuro luminoso que los discursos inaugurales suelen prometer. Habló de los dramas de una sociedad que pierde el sentido de la vida y olvida la misericordia. Habló del ateísmo práctico que se instala incluso entre bautizados, de los ambientes donde la fe es vista como “un absurdo” o reducida a “una curiosidad histórica”:

“Hoy no es fácil dar testimonio del Evangelio en ambientes que prefieren otras seguridades: dinero, éxito, poder”, dijo.

Era una homilía poco triunfal para esos días de alegría. Y precisamente por eso resultaba convincente. Antes de comenzar la ceremonia, León XIV improvisó unas palabras en inglés ante los cardenales —un gesto que en el Vaticano siempre significa algo, porque el protocolo no suele dejar espacio para la improvisación

accidental— agradeció su apoyo y los llamó “comunidad de amigos de Jesús”. No colaboradores, no hermanos en el episcopado, no miembros del Colegio Cardenalicio. Amigos. Una palabra más simple pero que entraña un compromiso y una corresponsabilidad.

Prevost explicó también a los cardenales por qué había elegido como nombre León XIV. Y la explicación fue, en sí misma, un discurso programático, una brújula para un pontificado que, esperan los cardenales, transite por largos y fecundos años.

León XIII —Gioacchino Pecci, el papa que gobernó la Iglesia entre 1878 y 1903— publicó *Rerum Novarum*, la encíclica que fundó la doctrina social de la Iglesia en medio del estruendo de la primera revolución industrial, cuando el capitalismo salvaje aplastaba a los trabajadores con una brutalidad que ninguna institución religiosa o política parecía dispuesta a nombrar. León XIII la nombró. Y eso, en la historia de la Iglesia, se llama profecía.

El nuevo León XIV señaló el paralelo sin rodeos: “Hoy enfrentamos una nueva revolución industrial”. La inteligencia artificial, la hiper tecnificación, la economía

que sustituye trabajo humano por algoritmos, la dignidad de las personas reducida a datos: “La Iglesia debe defender la dignidad humana y el trabajo justo en esta era tecnológica” dijo.

En sus palabras se advertía un programa de gobierno pastoral enunciado a través de la historia. Sin tratarse de un manifiesto o un plan quinquenal sino una genealogía. ‘Estoy aquí –decía implícitamente– porque alguien estuvo antes y tuvo el valor de decir lo que nadie quería oír. Yo haré lo mismo’.

El Papa enumeró cuatro intenciones para su pontificado con una precisión que los observadores vaticanos agradecieron después de años de documentos que se extienden en todas las direcciones: colegialidad y sinodalidad (“caminar juntos, escuchando al Pueblo de Dios”); diálogo con el mundo (“valiente y confiado, incluso ante realidades complejas”); defensa de los débiles (“los descartados por la sociedad”); y piedad popular, ese territorio de fe cotidiana y no académica que los pastores a ras de suelo suelen reivindicar y que León XIV reconocía como una “expresión auténtica” de Iglesia.

Antes de concluir, agradeció al cardenal Giovanni Battista Re —ovacionado por los presentes— y al camarlengo Farrell, por sus servicios durante la etapa de Sede Vacante. Y cerró con una cita de Pablo VI que sonó, en ese contexto, como un verso: “Que una gran llama de fe ilumine a la humanidad”.

La jornada terminó con un Padre Nuestro y un Ave María cantados en latín. Tradición y modernidad en un solo acto, como casi todo en este pontificado que apenas comenzaba.

Genazzano, o la geografía de la fe

—Yo creo que este Papa no va a dar tantas sorpresas a los medios de comunicación —dijo un monseñor curial después de quejarse largamente de las ‘espontaneidades’ de Francisco— Yo creo que va a ser más disciplinado. Ya ven, salió en muceta al balcón...y ya dijo que va a vivir en el Palacio Apostólico y no en Casa Santa Marta como Bergoglio.

En efecto, buena parte del personal curial sabía que, con Francisco, no había control a sus voluntariosas salidas a Roma: para reparar sus anteojos o sus zapatos, para ir por un café o para visitar una parroquia urbana. Un pontífice más disciplinado a las formas y previsiones del Vaticano sería un respiro para ellos. Luego llegó el sábado 10 de mayo. Dos días después de su elección, León XIV salió del Vaticano y de Roma sin anunciarlo.

No hubo comunicado previo de la Sala de Prensa. No había ningún dispositivo de seguridad visible. Un automóvil negro partió del Vaticano hacia los Castelli Romani y llegó al mediodía al pueblo de Genazzano, a 50 kilómetros de Roma, donde se alza el Santuario de Nuestra Señora del Buen Consejo, custodiado por los frailes agustinos desde el siglo XV. Los únicos que supieron de esa escapada fueron los directivos de TV2000, la televisora de la Conferencia del Episcopado Italiano, quienes colocaron un par de cámaras para transmitir en vivo la llegada del primer Papa agustino al santuario agustino *vicino a Roma*.

León XIV descendió del asiento del acompañante —no de la parte trasera, donde se sienta la autoridad—

vestido con una sotana blanca sin ningún ornamento adicional. Los vecinos que estaban en la plaza del santuario tardaron unos segundos en reconocerlo. Cuando lo hicieron, el silencio duró exactamente lo que tarda el asombro en convertirse en aplauso.

Pasó cerca de media hora en oración ante el fresco medieval de la Virgen que, según la tradición agustina, llegó milagrosamente desde Albania en el siglo XV. El superior de la comunidad, el padre Marco Bianchi, dijo después a los periodistas que para Prevost ese santuario era “un punto de encuentro entre su fe y su misión” y que había acudido ahí en cada momento crucial de su vida religiosa: su nombramiento como prior general de los agustinos, su designación como obispo, su nombramiento como cardenal. Y ahora como Papa.

Una maestra del pueblo, Giulia Mancini, lo resumió con la sencillez de quien no tiene razones para ser elocuente: “Verlo aquí, tan cercano, reafirma que la Iglesia no está solo en los palacios, sino en los pueblos”.

Francisco habría estado de acuerdo. Y quizá por eso ese gesto, más que cualquier documento o

declaración programática, dijo algo sobre la continuidad que León XIV pretendía —y pretende— encarnar.

Regina Coeli: nombrar los conflictos

El domingo 11 de mayo, León XIV se asomó a la Plaza de San Pedro para rezar el *Regina Coeli* —el canto mariano de tiempo pascual— ante una plaza que llevaba días sin vaciarse del todo, como si Roma aún no terminase de convencerse que el Cónclave ya había concluido.

Era el domingo del Buen Pastor y el Papa habló de vocaciones con la urgencia que desde diversas partes del mundo los obispos sienten: “La Iglesia tiene mucha necesidad de ellas”, dijo sin adornos, y pidió a los fieles que acojan y acompañen a los jóvenes que buscan un camino de servicio. “¡No tengan miedo de aceptar la invitación de Cristo!”, exclamó.

Pero fue en la segunda parte del mensaje donde el nuevo Papa mostró, con claridad que no dejaba lugar a

interpretaciones ambiguas, cuál sería su tono ante los conflictos del mundo.

Recordó que el 8 de mayo —el día exacto de su elección— era también el aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial, el día de la Liberación. Y recordando a Francisco confirmó que se vive “una tercera guerra mundial a pedazos”. Y luego dijo, en voz alta, ante la plaza llena: “¡No más guerra!”

Es lógico que un pontífice apele por la paz; desde hace más de un siglo ningún pontífice ha utilizado la retórica para exaltar batallas o guerras. Y, sin embargo, la exhortación de León emocionó a los asistentes en la plaza quienes respondieron con loas y aplausos. Asintieron, agradecieron el repudio a la guerra. Sólo uno que otro fundamentalista, creyente milenarista o feligrés ideologizado que aún considera que el triunfo bélico, sangriento y asesino de un pueblo sobre otro, de un ejército sobre otro, representa algún designio divino, recriminaron las palabras del Papa: “Estamos en una guerra divina; y este es el segundo Santo Padre que nos abandona en la lucha”, me dijo sin ruborizarse un remedo de cruzado.

Después, en su mensaje, habló de Ucrania (“espero que se logre alcanzar una paz auténtica, justa y duradera; que sean liberados los prisioneros y los niños vuelvan a sus familias”), luego de Palestina (“me duele también la situación en la Franja de Gaza”) y luego sobre la tregua entre India y Pakistán. Tres conflictos y tres llamados al cese de hostilidades y a la salida diplomática de la paz en sus conflictos durante su primer discurso dominical como pontífice.

Y al final los puso todos en manos de María y envió un saludo a las madres: “Hoy en Italia y en otros países se celebra la fiesta de la madre. Mando un afectuoso saludo a todas las madres, con una oración por ellas y por las que están ya en el Cielo”. En esos breves minutos, León había puesto el acento y el estilo de sus mensajes dominicales tras el rezo del Ángelus.

Llamado a la comunicación desarmada

Cuatro días después de su elección, León XIV recibió en el Aula Pablo VI a más de dos mil periodistas y

comunicadores que estábamos acreditados para la cobertura del Cónclave. Era una reunión que los Papas suelen usar para agradecer la cobertura y decir algo amable sobre la prensa. León XIV la convirtió en una clase de ética y compromiso periodístico.

Comenzó agradeciendo, sí. Reconoció que los medios habían logrado transmitir, en esas semanas intensas, “la belleza del amor de Cristo que nos une a todos”. Pero luego fue directo hacia donde le interesaba llegar: “Debemos rechazar el paradigma de la guerra [...] Debemos decir no a la guerra de las palabras y de las imágenes”. Citó las Bienaventuranzas para desafiar a los periodistas —“bienaventurados los que trabajan por la paz”— y les propuso una comunicación que “no busca el consenso a cualquier coste, no se reviste de palabras agresivas, no asume el modelo de la competición”.

Pidió que la prensa escuche la voz de los sin voz. Defendió a los periodistas encarcelados en zonas de conflicto con palabras que salían claramente de una convicción y no de un protocolo: “Solo los pueblos informados pueden decidir con libertad”. Abordó la inteligencia artificial sin eufemismos (“su potencial

inmenso requiere responsabilidad y discernimiento”) y advirtió que sin un marco ético esas herramientas profundizarían desigualdades ya abismales.

Y al final citó a Agustín —porque siempre, en León XIV, hay una cita de Agustín— con una frase que era simultáneamente un diagnóstico cultural y un llamado personal: Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros.

El Aula era un mar de idiomas y acentos en un murmullo permanente, como un zumbido babilónico que sólo se detuvo un minuto cuando la Guardia Suiza flanqueó un acceso al proscenio performativamente. Todos callamos porque todos pensamos al mismo tiempo: “Por allí ingresará León XIV”. La colectividad aplaudió, asintió y se emocionó con las palabras del pontífice; pero en lo individual, muchos teníamos nuestra propia agenda. Nuestro propio encuentro idealizado del Papa con nosotros, los periodistas.

—Yo quiero pedirle una selfie... ¿creen que se pueda? —nos confió en voz alta una periodista venezolana que labora en un medio estadounidense a los diez o doce colegas que estábamos en torno suyo y con

la intención de acercarse más a la baranda por si el pontífice pasaba por el pasillo central a saludar a los presentes. La confesión espontánea de la colega animó a otros a decir en voz alta:

—Nosotros somos de Perú, donde estuvo el Papa...

Los periodistas que escuchamos aquello pusimos de inmediato atención al pequeño grupo de enviados desde la nación donde Prevost realizó buena parte de su servicio misionero y episcopal: un director de noticias, una presentadora, un camarógrafo y un redactor. El olfato periodístico nos orientó de inmediato a pensar que quizá en ellos habría alguna buena historia. La misma venezolana reaccionó:

—Qué bien. Felicidades. Oigan, ¿y qué sintieron cuando escucharon que Prevost era el Papa?

—Mucha emoción, tomamos el primer avión para acá.

—Oh, entonces no estaban aquí cubriendo el cónclave.

—No. En realidad estamos en otros temas.

— Pero, ¿ustedes son de Chiclayo?

—No. De Lima.

—Ah, ¿pero conocieron a Prevost como obispo allá o como misionero?

—No —respondió el director con una sonrisa honestamente emocionada; y, para romper el silencio incómodo finalmente nos dijo: “Queremos ver si nos recibe”.

Miré al derredor; más de dos mil personas allí presentes sentíamos lo mismo y, en el fondo, no es ingenuidad porque el periodismo nos lleva a lugares insospechados y de la manera menos probable.

Como lo previó la colega sudamericana, el Papa pasó por el pasillo central saludando a los comunicadores; como ella se abrió paso hasta colocarse frente a la valla pudo tocar fugazmente la mano del pontífice pero no pudo tomarse una *selfie* con él, yo tomé un video con mi teléfono y lo envié a la redacción junto con mi nota.

Salí del Aula Pablo VI con la sensación de haber escuchado a alguien que lleva décadas pensando en lo que dice antes de decirlo. No es un orador nato en el sentido espectacular del término. Es algo más

infrecuente y más útil: un hombre que habla porque tiene algo que decir.

Fuera del Aula me encontré nuevamente con mis colegas argentinos y con Lucio Adrián Ruiz, experimentado secretario de comunicaciones con Francisco. Estaba feliz por cómo había resultado el evento, intercambiamos algunos pareceres y los colegas nos tomaron una fotografía de la que dijeron que parecía que ambos llevábamos nuestra arma comunicativa en las manos (el teléfono inteligente).

—No nuestra arma... nuestra herramienta —dijo.
Y no pude estar más de acuerdo.

EPÍLOGO

Veinte días. Eso duró mi estancia en Roma. Veinte días que comenzaron con un mensaje a las tres de la madrugada donde me notificaron la muerte del Papa y que terminaron con un Papa nuevo, activo y feliz, saludando a los periodistas y pidiéndonos que nuestro oficio no perpetuara violencias.

En esos veinte días vi llorar a peregrinos de cinco continentes frente a un féretro sencillo. Vi a cardenales de los sitios más dispersos del mundo caminar bajo las columnatas de Bernini con la gravedad desconcertada de quien ha cruzado un océano para participar de algo que supera su comprensión previa. Vi a cuarenta hombres y mujeres del pueblo tradicionalmente despreciados, con rosas blancas ante una escalinata donde la historia dice que ‘nevó en verano’ y donde se edificó el santuario mariano más antiguo de Occidente, para despedir a un pontífice que los puso en el centro cuando todos los marginaban y excluían. Vi dos fumatas negras y una fumata blanca contrastar contra un soleado cielo azul. Vi

al Papa saludar a su equipo de prensa y a los vaticanistas más experimentados, recibiendo sus felicitaciones y las primeras solicitudes de entrevistas.

Robert Francis Prevost no es Francisco. No pretende serlo y sería un error exigírselo. Francisco fue inimitable precisamente porque fue él mismo con una intensidad que agotó a sus colaboradores, desconcertó a sus adversarios y conmovió a millones de personas que no sabían que necesitaban ser conmovidas de esa manera. León XIV es otra persona: un pastor más reservado, más institucional en el mejor sentido del término, más paciente con los procesos y más desconfiado de las soluciones que llegan demasiado rápido.

Pero hay algo que los une que no está en los documentos ni en los gestos ni en los discursos. Está en esa frase de San Agustín que Prevost lleva como lema desde antes de ser cardenal y que ahora lleva como Papa: *In Illo unum*. En aquél que es uno, somos uno. La unidad no como uniformidad, ni como borramiento de las diferencias, sino como destino compartido de una humanidad que viene del mismo lugar y va al mismo

lugar y en el trayecto se empeña, con más o menos éxito, en no olvidarlo.

Francisco lo dijo con gestos y metáforas y viajes a las periferias y lavatorios de pies en las cárceles. León XIV, pareciera, lo dirá con tiempo. Con esa paciencia que propone a un mundo frenético como signo de contradicción. Con esa espera que conecta y elige no saber, sino tomar partido y participar.

“En los días pasados hemos podido ver la belleza y sentir la fuerza de esta inmensa comunidad”, dijo León XIV y me parece una buena frase con qué terminar estos veinte días en Roma entre el duelo y el renacimiento; porque, a fe mía, que es verdad.

-oOo-

Contraportada

La noticia de la muerte del papa Francisco, ocurrida el 21 de abril no solo marcó el final de un pontificado, sino el cierre de una era de audacia pastoral que transformó la imagen y las prioridades de la Iglesia católica universal.

Su legado, tejido entre gestos revolucionarios y reformas estructurales, será recordado como un intento radical por motivar un nuevo lenguaje cristiano en clave de ternura, apertura y apertura a los cambios. En este estilo evangélico, el perdón y la misericordia fueron planteados como motores de la conversión cristiana; los pobres y las periferias fueron ubicados en el centro de la historia y del dinamismo social; y la sinodalidad –el caminar juntos- se rehabilitó como el método de ser Iglesia sobre la piel de la realidad.

Sus funerales y los novendiales evidenciaron el impacto de Francisco en la historia de la Iglesia; pero también el mundo y los fieles católicos vibraban con intensidad en la expectativa del nuevo pontífice.

Tras dos días de un cónclave inédito y supernumerario, el humo blanco salió a las 6:07 de la

tarde del 8 de mayo. El nuevo Papa eligió llamarse León XIV. Salió al balcón y mencionó de inmediato “La paz esté con todos ustedes” y ese ha sido su programa pontificio.

Veinte días. Un pontificado cerrado y otro abierto.

Sobre el autor

Felipe de Jesús Monroy González (Estado de México, 1982) comunicador, consultor y conferencista. Periodista con 25 años de experiencia en medios.

Ha sido reportero, jefe de información y director editorial; enviado especial para coberturas de viajes pontificios en Tierra Santa, Brasil y Cuba, corresponsal especial para *La Razón* (España) y *Aleteia* (España); miembro del Consejo Editorial y articulista del semanario *El Observador de la Actualidad* (México) y de la revista *Christus* (Compañía de Jesús en México); articulista y colaborador para el desaparecido *Vatican Insider* de *La Stampa* (Italia), así como en diversas publicaciones periódicas en México: *Siete24Noticias*, *Agencia Quadratín*, *A Tiempo*, *Presencia Digital*, *Cuestión Social*, etcétera.

Ha sido director editorial de la revista *Vida Nueva México*; jefe de información del semanario *Desde la fe* de la Arquidiócesis de México, articulista para diversos medios diocesanos; asesor de comunicación para diversos órganos de la Conferencia del Episcopado

Mexicano; escritor y autor para las editoriales SM, PPC-México, CACM y Minos III Milenio. Es miembro del Consejo Editorial de la Editorial Buena Prensa y director fundador de Vida y Comunión Noticias (*VCNoticias.com*).